

Temario de Fiestas Patronales

Diócesis de San Juan de los Lagos

2013 - 2014

Pastoral Profética



Celebración gozosa de la fe

Sumario

TEMARIO DE FIESTAS PATRONALES 2013-2014

Introducción	1
Día 1: Marchamos en peregrinación	2
Día 2: Traemos nuestra ofrenda de cera	4
Día 3: Adornamos con flores el templo	8
Día 4: Vamos detrás del estandarte	12
día 5: Veneramos la imagen sagrada	16
Día 6: Rezamos el rosario de aurora por la calle	19
Día 7: Entramos al templo de rodillas	22
Día 8: Danzamos ante el Señor	24
Día 9: Repicamos festivamente las campanas	28
Día 10: Tronamos cohetes y quemamos castillos	31
Día 11: El canto y la música son parte de nuestra fiesta	33

Pastoral Profética

Codipapro y Vocalía de Elaboración de Materiales

Diócesis de San Juan de los Lagos

TEMARIO DE FIESTAS PATRONALES 2013-2014

CÓMO EXPRESAMOS Y CELEBRAMOS EL MISTERIO DE CRISTO LOS SIGNOS DE LAS FIESTAS PATRONALES

INTRODUCCIÓN:

La fiesta patronal es el culmen de todo un proceso festivo, y un espacio y momento intenso de vivencia religiosa y humana. Se celebra con gozo el hecho de ser cristianos y ciudadanos de tal o cual lugar. Acumula la experiencia de varias generaciones. La fecha de los antepasados se exterioriza solemnemente, se celebra y se hace vida. Lo más típico de la cultura de los mayores se festeja alegremente en forma de folklore. La convocatoria festiva representa uno de los grandes valores, y una protesta contra una forma sobria e inhumana de vivir la religión y contra una vida consumista y materializada.

Las fiestas patronales rompen la monotonía y sirven de válvula de escape a muchas frustraciones. Es preciso corregir abusos, como el despilfarro, la rutina y el fatalismo. Es preciso tomar conciencia del sentido de las acciones que se realizan por tradición cultural, impulsando la conversión y el encuentro auténtico con Cristo. Que el pueblo pase de lo simbólico y ritual y de la convivencia momentánea a un nivel de relaciones permanentes que fructifiquen en organización a través de servicios y estructuras intermedias. Que sus comidas, estrenos, cantos, ritos, encuentros, juegos, la historia del pueblo, sus luchas, sus antepasados ilustres, sus danzas y símbolos, formen parte de su historia de salvación. Ha sido el medio mediante el cual muchos han recibido el tesoro de su fe.

Dice el Directorio sobre piedad popular y liturgia (DPPL 226-234) que las fiestas ven a María y a los santos como realizaciones concretas del designio de Dios y son ocasión para proclamar sus maravillas obradas en sus siervos. Pide discernir su valor, significado y misión. Que se presente la figura del santo, no con elementos legendarios o milagrosos, sino su personalidad cristiana, su testimonio evangélico y su carisma en favor de la Iglesia. Que la fiesta exprese la alegría del cielo, rompiendo la monotonía de lo cotidiano, promoviendo fraternidad. Y advierte sobre las amenazas: vaciarlas de contenido haciéndola folklórica; convertirla en derroche de placer egoísta que cae en nuevas esclavitudes y daña las normas de convivencia.

En el año de la celebración gozoza de la fe, según el proceso evangelizador de nuestra diócesis, en el contexto de nuestro V Plan Diocesano de Pastoral, en el cual se resalta, en uno de los puntos focales, las tradiciones y la piedad popular en las comunidades, a través la comisión de pastoral profética se ofrece este subsidio, para acercarnos, vivencia y reflexionar sobre el misterio del Dios presente en las Fiestas Patronales a través de sus signos, usos y construmbres:

Temática:

- | | |
|--|--|
| 1. Marchamos en peregrinación | 7. Entramos al templo de rodillas |
| 2. Traemos nuestra ofrenda de cera | 8. Danzamos ante el señor |
| 3. Adornamos con flores el templo | 9. Repicamos festivamente las campanas |
| 4. Vamos detrás del estandarte | 10. Tronamos cohetes y quemamos castillos |
| 5. Veneramos la imagen sagrada | 11. El canto y la música son parte de nuestra fiesta |
| 6. Rezamos el rosario de aurora por la calle | |

Agradecemos al P. Francisco Escobar Mireles la elaboración de este subsidio.

CoDiPaPro y Vocallá de Elaboración de Materiales

Día 1:



MARCHAMOS EN PEREGRINACIÓN

Lecturas propuestas:

2 Corintios 5,6b-10: *Estamos desterrados lejos del Señor.*

Salmo 23. R. *Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor.*

(O bien): Salmo 121(122). R. *Vamos alegres a la casa del Señor.*

Lucas 3,3-6: *Allanen los senderos del Señor.*

Ideas para la homilía

Peregrinar es una manifestación pública y viva de nuestra fe y de nuestra esperanza de alcanzar la felicidad eterna. Expresamos que vamos juntos como hermanos avanzando hacia nuestro destino eterno, que es el encuentro definitivo y total con el Señor.

El término *peregrinación* proviene del latín *peregrinatio*, que significa viaje al extranjero o estancia en el extranjero. Según los orígenes etimológicos, el peregrino es el expatriado o exiliado; es un extranjero desconocido en el lugar donde está y privado de la asistencia de una colectividad. **Caminar, peregrinar**, es esencial al ser humano y a la naturaleza. Nuestro pueblo ama las peregrinaciones. Le hacen retornar a sus orígenes nómadas y le expresan como Iglesia peregrina hacia el cielo.

Pero la Iglesia no es la única que realiza peregrinaciones; también sucede entre los judíos, los musulmanes, los budistas, etc. La peregrinación es un fenómeno casi universal de la antropología religiosa. El desplazamiento de hombres y mujeres, generalmente caminando, hacia los lugares en los que entran en contacto con lo sagrado, es una práctica común de todas las religiones y culturas. El peregrino encuentra lo sobrenatural en un lugar preciso, en el que se participa de una realidad diferente a la realidad profana.

La peregrinación es un signo característico de la vida. Esencialmente recuerda que la propia existencia se puede describir como un camino. Es un signo de fe que expresa el carácter social y religioso de todo ser humano. Es signo de conversión, de esperanza, de búsqueda, de ponerse de pie y caminar al encuentro con el Señor de la Vida. Es una oportunidad de vivir

hacia adentro y hacia afuera, regalar-se un tiempo para la oración y contemplación, para viajar a nuestro mundo interior. Tiene como valores constantes la purificación, la renovación y la iluminación.



La misma vida de la Iglesia es una peregrinación. Es el nuevo Israel caminando en el tiempo presente hacia la patria del cielo, la ciudad futura y perenne. La Iglesia es peregrina, tanto en su conjunto como en cada uno de los fieles. La peregrinación recuerda el camino personal del creyente que siguiendo las huellas del Redentor peregrina hacia la Vida Eterna; y su camino comunitario, siendo signo visible de la Iglesia, familia de Dios, pueblo que peregrina a través de la historia avanzando hacia el Señor.

Con la peregrinación, el cristiano celebra el gozo de sentirse inmerso en medio de una multitud de hermanos, caminando juntos hacia el Dios que los espera. Tal gesto constituye un signo sacramental espléndido de la visión de la Iglesia ofrecida por el Concilio Vaticano II: la Familia de Dios, concebida como Pueblo de Dios, peregrino a través de la historia, que avanza hacia su Señor.

Cuando Dios llamó a Abraham le pidió salir de su casa y hacerse peregrino. A Israel esclavo le pidió salir y hacerse peregrino. «Nunca te olvides que fuiste peregrino en tierra extranjera». Pero el Señor caminaba con su pueblo, nunca lo abandonó.

El mismo Cristo se hizo peregrino con nosotros: «Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre». La salvación que nos trae con su Muerte y Resurrección es una Pascua, es decir, una pasar como peregrinos de la muerte a la vida, de la esclavitud a la libertad, del pecado a la gracia, del individualismo a la comunión, de las tinieblas a la luz, de este mundo a la patria del cielo.

La santísima Virgen María y los santos, además de compañeros de camino, son modelos de peregrinación. Como un ejemplo de fe, esperanza y caridad, nos enseñan cómo avanzar en el seguimiento de Cristo, hasta llegar al Padre por la gracia del Espíritu Santo. En nuestra peregrinación vamos con Cristo buscando la redención de nuestros múltiples males, en el mismo Cristo, que es nuestra salvación, y así volveremos llenos de alegría a los brazos amorosos del Padre, con Cristo glorioso.

Al caminar nos trasladamos simbólicamente del gris lugar de lo cotidiano, marcado por el sufrimiento y el trabajo, para desplazarnos al luminoso lugar donde percibimos que se realizan nuestras esperanzas por el encuentro con Aquel que nos salva y sus amigos que interceden por nosotros. Así nos asociamos a Cristo, el gran peregrinante, en su paso de la muerte a la vida. Y la Iglesia, nuestra madre, nos ayuda a darle cauce a esta necesidad, organizando peregrinaciones y procesiones.

Las Peregrinaciones iniciaron en la Iglesia antes de la paz otorgada por el emperador Constantino en el 313, y aumentaron considerablemente cuando la Iglesia gozó de paz y libertad en el Imperio Romano. Las más antiguas tenían como destino Roma y Tierra Santa y las tumbas de los mártires. La más famosa fue la de la española Egeria, quien nos narra su peregrinación en Tierra Santa en el siglo IV. Las peregrinaciones en honor a la santísima Virgen María cobraron fuerza entre los siglos V-VII principalmente en Nazareth.

Los peregrinos se ponían en camino, orando, cantando, conviviendo, conociendo. No se trataba de ir a encontrar a Dios, o a la Virgen o a los santos, pues Dios siempre está con nosotros y la intercesión de María Santísima y de los santos es constante. Se trataba de ir a un lugar donde el peregrino sentía de una manera especial esa providencia, esa intercesión siempre perenne de Dios, de la Virgen, de los santos.

Pero fue hasta los siglos XIV-XVII cuando lograron su más alto esplendor y participación. Con el auge de las misiones populares en los pueblos, en el siglo XIX crearon una ritualización en las fiestas patronales, realizando una marcha intermedia entre la peregrinación y la procesión litúrgica. Caminaban de un lugar de reunión dentro del mismo poblado o en sus confines, hasta la iglesia donde celebraban la fiesta, donde participaban en una acción litúrgica o de piedad popular.

La Peregrinación nos ofrece la posibilidad de reencontrarnos con nuestra propia historia cristiana, nuestra realidad transitoria en este mundo. Pero su nota característica es la forma festiva y gozosa, que ha de recordarnos que nuestro peregrinar hacia Dios no debe, ni puede ser lastimoso ni triste. Así, se favorece la práctica de valores cristianos, se estimula un culto integral a Dios en el cual se ponen en juego todos los sentidos (ver, oír, cantar, escuchar, tocar, convivir, etc.), nos hace agradecidos y nos recuerda que tanto nuestra común subsistencia como también la salvación es comunitaria.

La Peregrinación no concluye al llegar a la meta de la peregrinación, al participar en los actos litúrgicos o devocionales, firmar el libro de peregrinos, dejar su cooperación, encargar sus Misas y adquirir algunos recuerdos como estampas, medallas, rosarios, escapularios, agua bendita, etc. Se trata de «recargar las energías», cobrar nuevo vigor e impulso para llevar y hacer presente la gracia de Dios al volver a casa. Entusiasmarse y alegrar a los miembros de la familia, de la comunidad que no pudieron asistir. Infamarnos en el propósito de extender el Reino de Dios.

En la peregrinación, el cristiano sencillo celebra el gozo de sentirse inmerso en medio de una multitud de hermanos, caminando juntos hacia Dios que los espera. Tal gesto constituye un espléndido signo sacramental de la gran visión de la Iglesia como pueblo de Dios peregrino por la historia que avanza hacia su Señor.

Pide el Directorio sobre piedad popular y liturgia (DPPL 245-247) que no sean mero espectáculo o folklore, sino se relacionen con las disposiciones interiores y la vida sacramental; expresen a la Iglesia en camino con Cristo hacia la Jerusalén del cielo, y que de preferencia se realicen de una iglesia a otra, con presidencia eclesiástica, en oración y con estaciones.

Oración universal:

Llenos de confianza, invoquemos a Dios, principio y fin de nuestra peregrinación humana, diciendo:

R. Acompaña, Señor, nuestro camino.

1. Padre santo, que antiguamente fuiste guía y camino para tu pueblo que peregrinaba en el desierto, haz próspera y saludable nuestra peregrinación por la vida.
2. Padre celestial, que en el éxodo pascual prefiguraste el camino de salvación que ha de recorrer tu pueblo, haz que nos adhiramos a ti con ánimo fuerte y voluntad plena.
3. Tú que nos diste a tu Hijo único como el camino para llegar a ti, haz que te sigamos con fidelidad y perseverancia, teniéndolo por compañero de camino y reconociéndolo en la Fracción del Pan.
4. Tú que has puesto a la Iglesia en el mundo como un santuario desde donde brilla la luz verdadera, haz que hacia ella confluyan de todas partes los pueblos numerosos como fruto de una nueva evangelización.

5. Tú que nos diste a María siempre Virgen como modelo y ejemplo del seguimiento de Cristo, haz que teniéndola ante nuestra mirada, andemos siempre en una vida nueva.
6. Tú que por el Espíritu Santo guías hacia ti a la Iglesia que peregrina en el mundo, haz que buscándonos a ti por encima de todo, corramos por el camino de tu Palabra, para discernir los signos de tu presencia.
5. Tú que nos enseñas que no tenemos aquí ciudad permanente y nos llamas hacia ti por senderos de justicia y de paz, haz que tendamos la mano a nuestros hermanos, para un día ser tus comensales en la patria eterna.

Dios todopoderoso, que a los hijos de Israel les hiciste atravesar a pie el Mar Rojo, y a los Magos les mostraste por medio de una estrella el camino para llegar a tu Hijo, se compañero durante el camino de nuestra vida y ayuda en las dificultades, para que lleguemos juntos al término de nuestro viaje. Por Jesucristo nuestro Señor.

Día 2:

TRAEMOS NUESTRA OFRENDA DE CERA

Lecturas propuestas:

1 Crónicas 29,9-18: *El pueblo de emigrantes y extranjeros se alegra de ofrecer al Señor.*

(O bien): Isaías 58,1.5-11: *Parte tu pan con el hambriento y brillará tu luz.*

Salmo 26(27). *R. El Señor es mi luz y mi salvación.*

Efesios 5,8-14: *Despiértate de entre los muertos y Cristo te iluminará.*

Mateo 5,13-16: *Ustedes son la luz del mundo.*

(O bien): Juan 12,44-50: *Yo he venido al mundo como luz para que quien cree en mí no quede en las tinieblas.*

Ideas para la reflexión

Al acudir a la fiesta, vamos en busca de Dios Padre, por mediación de Cristo, a través de la intercesión de la santísima Virgen o de alguno de sus santos, para pedirle que nos perdone, que nos ayude en nuestras necesidades, para darle gracias por los favores recibidos, para rendir alabanzas al Señor. Todo esto lo expresamos en una ofrenda.

También cuando vamos a pedir o agradecer algún favor a una persona, solemos llevarle un regalito. Lo que importa no es tanto la cosa material que llevamos, sino la gratitud, cariño y sentido de fraternidad que significa. No sería leal llevarle un regalo para presionarlo a que nos ayude, o pagarle el favor con el equivalente al valor de la ayuda.

La misma Sagrada Escritura nos sugiere hacer ofrendas a Dios. Todo el libro del Levítico se dedica a enseñar al pueblo de Israel con qué sentimientos debe llevar sus ofrendas al Señor, tanto individuales como comunitarias. Y el Evangelio nos pide que al ir al templo a ofrecer algo, si tenemos resentimientos contra alguien, primero nos reconciliemos con el prójimo y luego volvamos al altar para presentar la ofrenda.

Esa ofrenda somos nosotros mismos, unidos a Jesús. Porque la única ofrenda que agrada al Padre es la inmolación de su Hijo en la Cruz, que se hace presente en la celebración de la Eucaristía. En la Misa de nuestra peregrinación, el sacerdote, por el poder del Espíritu Santo, hace presente ese Sacrificio, para permitir que nos ofrezcamos llenos de gozo al Padre celestial. Ese será nuestro mejor regalo.

Como símbolo de nuestra ofrenda interior, traemos otros dones, como flores, frutos, cera, despensa, dinero. No olvidemos que esos dones son el símbolo de nuestra verdadera ofrenda personal y comunitaria al Padre celestial junto con Cristo, a imitación de la santísima Virgen María y de los santos.

Llevar una ofrenda es tanto como reconocernos nosotros mismos representados en estos dones. Si ofrecemos dinero es porque simboliza los dolores y esfuerzos con que lo ganamos. Si ofrecemos objetos, es porque representan los trabajos y características del lugar donde vivimos. Si ofrecemos flores, son símbolo de la belleza y el aroma de nuestro propio ambiente. Si ofrecemos luces, es para simbolizar nuestra fe.

Pero no todo termina con la entrega de la ofrenda, pues representa además un compromiso. La expresión de ofrenda nuestra que más agrada a Dios es cuando ayudamos con nuestro dinero, ropa, comida, hospedaje... a los más necesitados. Más que dar cosas, se trata de darnos, ofrecer atención personal, ser solidarios, no por simple comprensión, menos por ostentación, sino porque vemos en el prójimo necesi-

tado la imagen de Cristo: «Lo que hagan a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hacen».

Vamos a fijarnos en el símbolo de la cera, pues traemos velas para el uso litúrgico a lo largo del año en esta iglesia.

La vela es un objeto luminoso fabricado con mecha de fibra introducida en un cilindro de cera u otro material graso. Dicho objeto ya se utilizaban en la Edad del Hielo Europea. Hay muchos testimonios arqueológicos, de hace 30 mil años, de utilizar un tipo de vela que consistía en verter aceite o grasa sobre una piedra ahuecada usada como lámpara para hacer las magníficas pinturas rupestres que se hallan en España, Francia y otros países.

Se usan candelas o cirios en las ceremonias religiosas desde la más remota antigüedad. Los paganos se servían de antorchas en sus sacrificios, sobre todo, en los misterios de Ceres, y ponían cirios encendidos delante de las estatuas de sus dioses.

Los romanos utilizaban velas de cera de abejas y velas de sebo (grasa animal). El encender velas y lámparas ha sido considerado de tiempos muy antiguos como una prueba exterior de alegría, y por ellas se manifiesta el respeto hacia ciertas personas. Por eso se llevaba delante de algunos magistrados romanos, entre otras insignias como una mesa en la que había un libro y dos candeleros con velas encendidas.

Empezaron a usarse en Europa en la edad media. El método más antiguo de fabricación fue la inmersión de la mecha, hecha por lo general de fibras de lino o de algodón, en la cera o la grasa fundida, las veces que sea necesaria hasta lograr el grosor deseado; la mecha se extrae, se deja enfriar y se solidifica al aire. O en un rehilete que va dando vuelta cuelgan las mechas y se va vaciando la cera hasta darles el debido grosor.

En el siglo XVIII se fabricaron por primera vez velas con una cera obtenida a partir del aceite de ballena. A mediados del siglo XIX el sebo fue sustituido por bujías con mezcla de parafina, ácido esteárico



(un ácido graso sólido) y cera de abejas; aceites hidrogenados vegetales y otras ceras. La mayoría de las actuales suelen moldearse con máquinas.

Casi todas las culturas mesoamericanas celebraban la fiesta del «Fuego Nuevo» al iniciar un período de acuerdo a sus calendarios. Habiendo apagado todo fuego, se reunía el pueblo en torno a un cerro, y una vez que veían que la constelación de las Pléyades rebasaba el cenit, hacían surgir la flama a golpe de pedernal sobre paja y pedazos de ocote, y en medio de aclamaciones de alegría, los mensajeros de la luz encendían sus antorchas y partían a repartir el «fuego sagrado» hacia los cuatro rumbos del mundo. Los mexicas lo hacían cada 52 años. Simbolizaban así la recreación de la vida en el mundo por medio del simbolismo del fuego y la luz.

El Códice Matritense define a los tlamatimines como «una luz, una antorcha, una gruesa tea que no ahuma, y que aplica su luz sobre el mundo». Al sabio lo llamaban «ocote para los demás», porque indicaba cómo caminar en la vida. El ocote, la cera, la veladora, el cirio, son símbolo del acompañamiento, del compromiso con el otro en la búsqueda de la verdad y de la sabiduría de la vida.

Todos tenemos la experiencia de la luz, porque la necesitamos para poder vivir y trabajar. Gracias a la luz nos damos cuenta del mundo que nos rodea. Si la comparamos con la experiencia de las tinieblas, la entendemos como sinónimo de vida, y nos remonta a Dios. Los antiguos mexicas representaban a Dios con un rostro de anciano sosteniendo un bracero como dueño del fuego. Mediante el simbolismo del fuego la humanidad hace memoria de la época en que vivió en las cavernas y valoró la luz, el calor y el fuego, comprendiendo que Dios debía ser como el fuego y como la luz. Por eso en todas las religiones hay gran estima por el simbolismo de la luz.

Unos creen que, a imitación de las ceremonias paganas, se introdujeron los cirios en la Iglesia, relacionándola con Cristo luz del mundo, o que los primeros cristianos tomaron este uso de los judíos. Sin embargo, parece que su origen está en el cristianismo mismo. No pudiendo reunirse los primeros fieles sino por la noche, en lugares ocultos y subterráneos, debían valerse de antorchas y luces para la celebración del misterio de Cristo. Cuando después pudieron edificar altares y templos, tuvieron también necesidad de ellas porque apenas dejaban entrar la luz con el

objeto de inspirar más respeto y veneración por medio de la penumbra. Y los cirios, que en un principio se usaron por necesidad, pasaron a ser con el tiempo un adorno, y en algunas ocasiones, parte de ceremonias misteriosas y simbólicas.

El simbolismo de la vela está vinculado al de la llama. La cera, la mecha, el fuego y el aire, en síntesis, todos los elementos de la naturaleza, se unen en la llama ardiente. Ver una vela, ardiendo o no, con sus lágrimas de cera virgen cayendo a uno y otro lado, significa una vida consumiéndose poco a poco, de forma casi imperceptible. Nos hace sospechar en misterios inalcanzables a nuestros ojos y a nuestro pensamiento, como es la gloria del cielo.

La Iglesia ha preferido para su culto los dos combustibles más puros: el aceite de oliva y la cera de abeja. La cera de abeja puede ser blanca o amarilla (*flava*), dependiendo del grado de refinación del producto. La materia prima básica es secretada por las abejas durante el proceso de construcción de sus panales; se funden y filtran los panales para obtener una cera limpia, cuyo color que varía entre café y amarillo, dependiendo del tipo de flores que existen en la región donde habitan las abejas. La Cera de Abeja contiene ácidos libres, ésteres y otros componentes naturales que le dan características especiales, como propiedades emulsificantes, plasticidad, compatibilidad con otros productos naturales y olor agradable. Ofrecen, pues, también un significado de salud integral.

La **abeja** para la antigua Grecia constituía el emblema del trabajo y la obediencia, y también era el símbolo del matriarcado. Este insecto está siempre unido a la laboriosidad, por lo que su aparición tiene que ver con temas relacionados con el trabajo, bien sean nuevos trabajos o adversidades con el que ya tenemos. Al ofrecerla, ofrecemos el trabajo de las personas, que han recibido un patrimonio de bienes, conocimientos y pericias, las cuales las enriquecen para seguir las transmitiendo. El desgaste físico, mental y espiritual producido por el trabajo humano se convierte en ofrenda para unirse a la de Cristo.

Llevar de ofrenda una vela o veladora nos relaciona con el simbolismo de Cristo luz, motivados por el profundo sentido bíblico de la luz. Dice Jesús: «Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida». Por eso está presente en todos los sacramentos. Su fundamen-

to explicativo está en el lucernario de la Madre de todas las Vigilias, cuando el Cirio Pascual se presenta como Cristo luz del mundo que marcha delante de su pueblo difundiéndose cada vez más.

La temática de la luz y el fuego recorren toda la Biblia. Dios hace alianza con Abraham presentándose como una antorcha de fuego (Gn 15,17). Se revela a Moisés desde una zarza ardiendo (Ex 3,2-5). Guía al pueblo peregrino por medio de una columna de fuego (Nm 14,14). Arrebata a Elías en un carruaje de fuego (2Re 2,11). El primer acto creador consistió en separar la luz de las tinieblas (Gn 1,3-4) y al final de la historia de la salvación la nueva creación (Ap 21,3) tendrá a Dios por luz (Ap 21,23).

Antes que nada simboliza nuestra fe. Desde el Bautismo se nos entregó una vela encendida del Cirio Pascual, símbolo de Cristo resucitado, para ser luz en medio de las tinieblas del mundo, mediante nuestra confesión de la fe y nuestro testimonio de vida. La vida nueva de Cristo resucitado disipa las tinieblas del mal. Es una luz nueva que da nueva vida a las personas y a las cosas. La luz nos acompaña en los momentos importantes de la existencia, marcados con un sacramento o sacramental. Y se enciende en nuestro funeral al despedirnos de la asamblea terrena, ya que el Cirio Pascual junto el féretro está en las exequias.

Llevar una vela en la mano, además de expresión de nuestra oración y devoción, es expresión de vigilancia activa, nuestro compromiso por vivir la vida cristiana y dar testimonio de Jesús y de su Evangelio. En la Biblia, la lámpara encendida evoca la fidelidad y la perseverancia. Esperamos el regreso glorioso del Señor con las lámparas encendidas, como las vírgenes prudentes. Y es expresión de ofrenda: brilla la luz

causada por el combustible que se quema. Recuerda que nuestra vida se va consumiendo poco a poco en el servicio de Dios, iluminando así al mundo.

Oración universal

Oremos, hermanos, a Dios Padre todopoderoso, por mediación de su Hijo, luz de las naciones, que derrame con generosidad sus beneficios sobre toda la Iglesia peregrina, festiva y misionera, y digamos:

R. Haz, Señor, que sigamos tu luz.

1. Por la santa Iglesia de Dios, para que promueva la unidad, disipe el poder de las tinieblas, y haga resplandecer en todos los pueblos la luz del Evangelio. ***Roguemos al Señor.***
2. Por las Iglesias jóvenes que se van organizando, para que tengan misioneros suficientes, sean confirmadas en su fe y sostenidas en sus luchas y dificultades. ***Roguemos al Señor.***
3. Por los ateos, los paganos, los judíos y musulmanes, por los que habiendo conocido a Cristo se han apartado del camino de la verdad, para que se beneficien de la nueva evangelización. ***Roguemos al Señor.***
4. Por los que sufren sin esperanza, por los que buscan sin fe, por los que aman a Dios sin saberlo, para que el Señor se manifieste en sus vidas, ponga fin a sus males y les conceda cuanto pidan. ***Roguemos al Señor.***
5. Por todos nosotros, para que el Señor cure las tristezas de nuestro corazón, purifique nuestros ojos con su luz, y no permita seguir su estrella y contemplarlo eternamente. ***Roguemos al Señor.***

Dios todopoderoso y eterno, que has llamado a los pueblos lejanos a postrarse ante tí y ofrecerte sus dones; llena al mundo de tu gloria, y con tu esplendor impulsa la actividad misionera de tu Iglesia. Por Jesucristo nuestro Señor.



Día 3:



ADORNAMOS CON FLORES EL TEMPLO

Lecturas propuestas:

Cantar 2,11-14: *La voz del Amado.*

(O bien): Isaías 35,1-10: *El desierto florecerá.*

Salmo 71(72). R. *Venga tu reino de paz y de justicia.*

Colosenses 3,12-17: *Canten a Dios dándole gracias de corazón.*

Mateo 6,25-34: *Miren los lirios del campo.*

Ideas para la reflexión

Uno de los regalos finos que podemos hacer a personas, que nos son queridas, son las flores. Eso indica la delicadeza de sentimientos de quien hace el regalo, pues, en este mundo materializado muchísima gente valora sólo lo que da una producción inmediata. El ofrecer una flor no es sólo el regalo material de algo bello, sino un símbolo de delicadeza, de ternura, de acogida, de amor, por eso hay costumbre en países y lugares dar la bienvenida con un ramo o una guirnalda de flores.

Desde los más remotos tiempos las flores tuvieron un sentido elocuente, claro y preciso para expresar los más recónditos pliegues del alma y los más íntimos anhelos. *Nada mejor que la llegada de la primavera para conocer el lenguaje secreto de las flores.* Se regalan flores a personas que en su vida no tienen valores crematísticos, sino grandes, nobles, espirituales. Por eso son una manera de expresar el amor a Cristo, a la santísima Virgen María y a los santos. Adornamos sus imágenes con flores, y hacemos ofrendas de flores a las iglesias y cementerios.

A través de los siglos, pasando por los egipcios, la edad media, el renacimiento, se llegó a la época del romanticismo, cuando resurgió con esplendor el anti-

guo recurso de hacer hablar a las flores, que pasaba de madres a hijas como delicioso secreto familiar. En Oriente surgieron claves ocultas del lenguaje de las flores, con tan extenso significado que traspasaba los límites simplemente amorosos.

Aunque desde la Antigüedad las flores se han utilizado como un vehículo para dar a conocer y transmitir los sentimientos humanos, a lo largo de los años se ha desarrollado un código según el cual pueden transmitir mensajes y expresar ideas que no se pueden comunicar fácilmente. Por siglos las flores

han traducido los sentimientos más difíciles de expresar por los seres humanos. Hay tantas clases de flores como sentimientos y sensaciones hay en el mundo y cada una expresa de manera exacta lo que ni siquiera las palabras han logrado.

Esta expresión fundamental de la naturaleza impregnada de tan distintos significados presenta un panorama importante en el

México antiguo, y prevalece en gran parte de las comunidades que han participado de la tradición mesoamericana. En sus creencias y su modo de vida, los pueblos reflejaban a lo largo de la historia su visión del mundo y su relación con él, tanto natural como sobrenatural. Dieron múltiples usos a las plantas: medicinal, artesanal, alimenticio, decorativo, sagrado, energético, simbólico y adivinatorio,.

Aprovecharon los elementos de diversos ecosistemas: plantas acuáticas, de montaña, de praderas, xerófitas de lugares secos, y buscaron adaptar plantas de lugares lejanos con usos especiales. Esa combinación étnica y ecológica dio por resultado una riqueza cultural muy arraigada. Incluso en los que han sido despojados de su raigambre agrícola al incorporarse a la ciudad, queda en su memoria histórica parte de la antigua cosmovisión.



De Oriente, hacia 1600, este lenguaje de las flores fue pasando por diferentes culturas en Europa, y llegó a Inglaterra en 1718, gracias a María Wortley Montagu, quien había vivido con su marido en Turquía. En la época victoriana, ese lenguaje se convirtió en un compendio de simbología y significados. En Francia, donde en 1819 Louise Cortambert, con el pseudónimo de Charlotte de Latour, escribió el libro *Le langage des fleurs*. Y proliferaron los libros sobre el significado de las flores.

Las rosas en general simbolizan amor, magia, pasión y delicadeza; belleza y perfección. El color blanco es símbolo de pureza, inocencia y pudor; expresa un sentimiento puro y sincero; o la espera de nuevas noticias. El amarillo se asocia a la infidelidad y el engaño, y es también símbolo de lujo, gloria y éxito. El anaranjado simboliza joya, alegría y honda satisfacción por un éxito; expresa un amor consolidado y pleno. El rosa es símbolo de juventud y expresa un amor apenas nacido; se asocia a grande admiración. El rojo expresa amor apasionado, ánimo y fuerte deseo de victoria; cólera e índole volitiva. El rojo oscuro simboliza constancia, continuidad e inmortalidad. El violeta expresa modestia, generosidad, humildad u honda timidez. El lila representa un amor sincero y sin interés, aun a amigos. El azul claro simboliza dificultades e inquietud por problemas (dinero, salud,...); y oscuro es una gratificación para quien se ocupa de arte y ciencia con gran ingenio. El verde simboliza esperanza o un peligro librado; joya y optimismo.

San Felipe Neri, muerto en 1596, enseñaba en Roma a sus jóvenes, en el mes de mayo, entre los obsequios a la Virgen, adornar con flores sus imágenes, cantar alabanzas en su honor, realizar actos de virtud y mortificación. El amor de los cristianos dedicó el mes de Mayo a la Virgen en el hemisferio norte. Varios países de Europa homenajeaban la estación que recomenzaba y la naturaleza vestida de flores con unas fiestas florales, originadas en tradiciones remotísimas en honor de «Flora Mater», diosa de la vegetación; se hacían cantos, danzas y cortejos de jóvenes llevando ramos floridos; se escogía una joven como «reina de la primavera», o «esposa de mayo» a la que poetas, artistas y músicos expresaban en homenajes corteses el amor a la mujer amada. Los cristianos lo dedicaron a la Virgen, superando abusos y cristianizándola al unir a la naturaleza con el amor a la Madre de Dios.

En las sociedades prehispánicas, las flores ofrecen un amplio panorama de significados, adaptados a las diversas cualidades de las diferentes especies. Las antiguas representaciones de las flores, en gran variedad de materiales, no eran solamente decorativas, sino parte de un simbolismo basado en el respeto y la preocupación por el bienestar de los dioses, que se manifestaba en los elementos de la naturaleza.

Del Preclásico, hay representaciones de maíz y brotes de vegetación en hachas olmecas de piedra verde y en relieves en las rocas de Chalcatzingo, Mor. En las estelas de Izapa, Chis, hay árboles, algunos dando frutos, en escenas del *Popol Vuhl*.

En el Clásico proliferaron las imágenes de flores en varios contextos y con una mayor diversidad de connotaciones. Hay numerosas representaciones de flores de cuatro pétalos en Teotihuacan, en la arquitectura, esculpidas en caracoles emplumados; grabadas en las vasijas trípodes de barro; moldeadas en los adornos adheridos a los incensarios, o como tocado de figurillas de barro. Tuvo gran difusión en Tlalancaleca, Pue, en un relieve de piedra. Muchos pueblos se han caracterizado por tejer emblemas, arcos, festones y lazos, incluso con flores silvestres recogidas por los campos, o con naturaleza muerta.

Aparecen sobre todo en el acontecimiento guadalupano. La parte del *vientre* de María está muy amplia, y precisamente de ahí surgen los rayos más intensos del sol. En dirección a la matriz tiene la *flor solar*, la única flor de cuatro pétalos, el Nahui Ollin, los cuatro movimientos, el centro de la piedra del sol, que representa el origen de la vida y la explicación de todo, clave de toda la cosmovisión náhuatl, identificado con el quincunce, centro y motor de la vida, y con la flor de la vida, Xolozóchitl. María trae en el vientre al Dios del cerca y del junto. María es la Madre de Dios y del pueblo nuevo surgido por su Sangre. La flor de cuatro pétalos representa la morada de Dios, centro del universo, ombligo de la historia, plenitud del tiempo y del espacio, origen de la vida. Se presenta como la Madre de Dios y del pueblo nuevo surgido por su Sangre. No ha terminado la historia del pueblo, sino comienza una nueva era.

El obispo pide una señal, y María la ofrece en las flores (*NM 90-91*). Quiere ver una cosa para creer en la verdad oculta y sobrenatural. El lenguaje de las flores es el único que conviene a Dios. El canto, junto con las flores, es la señal de la comunicación de Dios.

Las ciudades empezaban cuando se establecía el canto y se fijaban los tambores.

Dijo a Juan Diego: «Sube, hijo mío el menor, a la cumbre del cerrillo, allí verás que hay variadas flores; córtalas, reúnelas, ponlas todas juntas; luego baja aquí; tráelas aquí a mi presencia... Y cuando subió mucho admiró cuántas había, florecidas, abiertas sus corolas, flores las más variadas, bellas y hermosas, cuando todavía no era su tiempo, porque de veras que en aquella sazón arreciaba el hielo. Estaban difundiendo un olor suavísimo; como perlas preciosas, como llenas de rocío nocturno... Con sus venerables manos las tomó; luego otra vez se las vino a poner todas juntas en el hueco de su ayate y le dijo: Mi Hijito menor, estas diversas flores son la prueba, la señal que llevarás al obispo. De mi parte le dirás que vea en ellas mi deseo, y que por ello realice mi querer, mi voluntad» (NM 125-126.128-130.135-138).

Cortadas en la tierra, procedían de la eternidad, del Tlalticpac; las flores son de Dios, y nos las hizo aparecer, permitiéndonos la comunicación efectiva y definitiva con El. Nuevamente resuena la flor y el canto, difrasmismo con que se expresa la verdad en la tierra. Dice Nezahualcōyotl: «Sólo te busco a tí, Padre nuestro dador de la vida... Busco el deleite de tus flores, la alegría de tus cantos, tu riqueza. Flores con ansia mi corazón desea, sufro con el canto, y sólo ensayo cantos en la tierra, quiero flores que duren en mis manos. ¿Yo dónde tomaré flores hermosas, hermosos cantos? Jamás los produce aquí la primavera. Sacerdotes, les pregunto: ¿De dónde vienen las flores, el canto que embriaga, el hermoso canto? Sólo provienen de su casa, del interior del cielo, sólo de allá provienen las variadas flores. ¿Quién no anhela tus flores, oh Dador de la vida? Bañadas están de sol tus múltiples flores: son tu corazón, son tu cuerpo, oh Dador de la vida. Tú compadesces y haces gracia a los hombres por brevísimo instante a tu lado. Brotan cual esmeraldas tus flores, oh Dador de la vida; cual flores se robustecen, cual flores rojas abren la corola, por brevísimo instante a tu lado».

Otro poeta indígena prehispánico dice: «Consulto con mi propio corazón ¿dónde tomaré hermosas fragantes flores? ¿a quién lo preguntaré? ¿Lo pregunto acaso al verde colibrí reluciente? ¿al esmeraldino pájaro mosca? ¿lo pregunto acaso a la áurea mariposa? Sí, ellos sabrán. Saben dónde abren sus corolas las bellas flores, olientes flores. Si me interno en los

bosques de abetos verdes azulados, o me interno en los bosques color de llama, allí se rinden a la tierra cuajadas de rocío, bajo la irradiante luz solar, allí, una a una, llegan a su total perfección. Allí las veré quizá: cuando ellos me las hubieren mostrado. Las pondré en el hueco de mi manto, para agasajar con ellas a los nobles, para festejar con ellas a los príncipes. Aquí sin duda vienen, ya oigo su canto florido, cual si estuviera dialogando en la montaña, y cantando le responde el zenzontle, le responde el pájaro cascabel, y es un persistente rumor de sonajas el de las diversas aves canoras: allí alaban al Dueño del mundo, bien adornadas de ricos joyeles».

Celebraban la fiesta del despedimiento de las rosas. Cuando ya venían los hielos que las marchitarían y secarían, tomaban rosas de cualquier género y las olían todo el día; en sus presentes ofrecían flores; oliendo las flores sentían alivio en el camino y calmaban su hambre y sed. Las flores eran sacramento de Dios, no mero adorno; por eso se llevaban consigo y se intercambiaban.

Dice Nezahualcōyotl: «¿Dónde están las bellas fragantes flores, para agasajar con ellas a los que son semejantes a ustedes? Al instante me respondieron con gran rumor: Si te mostramos aquí las flores, oh poeta, será para que con ellas agasajes a los príncipes, que son nuestros semejantes. Al interior de las montañas de la tierra de nuestro sustento, de la tierra florida me introdujeron: allí donde perdura el rocío bajo la irradiante luz solar. Allí vi, al fin, las flores, variadas y preciosas, flores de precioso aroma, ataviadas de rocío, bajo una niebla de reluciente arcoiris. Allí me dicen: Corta cuantas flores quieras, conforme a tu beneplácito, oh poeta, para que las vayas a dar a nuestros amigos los príncipes, los que dan placer al Dueño del mundo. Yo iba poniendo en el hueco de mi manto las diversas fragantes flores que mucho deleitan el corazón, las muy placenteras. Así pues, las iba yo poeta recogiendo para enflorar con ellas a los nobles, ataviarlas con ellas, o ponerlas en sus manos. Mas ¿nada para sus vasayos macehuales, los que andan afligidos, los que sufren desventura sobre la tierra? Sí, los que sirven en la tierra a Aquel que está cerca y junto. Lloro mi corazón al recordar que fui yo, poeta, a fijar la mirada allá en la tierra florida. Pero decía yo: no es a la verdad lugar de bien esta tierra: en otro lugar se halla el término del viaje: allí sí hay dicha. ¿Qué bienestar hay sobre la tierra? Vaya yo allá, cante yo allá en unión de las variadas aves preciosas,

disfrute yo allá de las bellas flores, las fragantes flores que deleitan el corazón, las que alegran, perfuman y embriagan».

El desierto invernal quedó transformado en el jardín de los dioses. Con sus manos tomó las rosas y las entregó a Juan Diego como señal de investidura como valiente embajador. En un brazo se ponía el ramillete de flores como escudo, y en el otro el ramillete de flores como espada. Portador de la imagen de Dios, Juan Diego llevaría al obispo la señal.

Dice otro poema prehispánico: «En tus entrañas vive, en tu interior pinta, crea, Aquel por quien se vive. Por medio de las flores pintas todas las cosas, oh Dador de la vida. Por medio de los cantos metes los colores a cuanta cosa vive aquí en la tierra. ¿De quién es Hijo? ¿Acaso es su Hijo? Sólo lo pinta, el agua lo pinta, lo pinta un canto. ¿Acaso de veras viene desde el cielo divina pintura en medio de las flores?».

María toca las flores, y convierte todo el evento en su Imagen sobre la tilma. Si las flores y el canto significan la verdad, el obispo la aceptará, pero esa prueba nada prueba a un inquisidor para quien nada significan las flores. Las flores, presencia y don de Dios, son corazón y cuerpo, deleite y riqueza de Dios, aunque en una belleza muy frágil. Al obispo sólo le impactan las variadísimas flores en invierno y en un lugar donde sólo se dan abrojos; y la impresión de la Imagen y la Imagen misma.

Todas las flores, cultivadas o silvestres, tienen una misma belleza. En fiestas religiosas y profanas, se hacen arreglos florales con una gama de flores muy variada por sus colores y los tipos o clases a las que pertenecen. Al traerla de ofrenda, se convierte en oración de alabanza y de súplica. En cada flor ponemos el cariño filial, que por muy bella que sea no expresa exhaustivamente el amor que se le profesa a Cristo, a María o a los santos.

Ellos no se fijan tanto en la materialidad de la ofrenda, sino en el cariño que ponemos al ofrecérselas. Reciben con el mismo afecto la ofrenda que en el siglo XIV la corporación de joyeros de París solía llevar a Notre Dame el 1 de Mayo un «mayo» (planta adornada con piedras preciosas). Tampoco la cantidad de flores les entusiasma, sino el reflejo de amor y cariño de lo que ofrecemos, y el compromiso que encierra de fidelidad en la amistad. Lo mismo sucede en la vida ordinaria: «Más vale regalar una flor en vida, que una corona después de muerto».

Cada día podemos ofrecer una flor, si no material, sí espiritualmente, seguros de que en cada una ponemos algo muy personal: Un ramo de lilas, con su color morado, refleja los dolores de los humanos en este valle de lágrimas. En las margaritas, siempre abiertas y redondas, suplicamos estar siempre abiertos a la voluntad de Dios. Las flores de romero, sencillas, azuladas y llenas de perfume, reflejan la sencillez de los santos. Las azucenas, flores de blancura y pureza, exhalan el fuerte olor de Cristo. Las camelias, sin olor, reflejan nuestra vida de apariencia. Los lirios de pétalos morados recuerdan los dolores que le hemos costado a Cristo. Las rosas con espinas expresan la vida con sus ratos de sufrimientos ocultos pero con ansias de vivir. Las flores de campo, amapolas, cincollagas, Santamaría, que nadie ha cultivado, tienen toda la belleza que Dios ha puesto en ellas.

Más que unas flores compradas en la floristería, las que Dios más aprecia son las que cultivamos en nuestro corazón, por eso todos podemos ofrecérselas en esta fiesta patronal.

Oración universal:

Oremos a Dios, nuestro Padre, para que nos ayude a producir frutos del Reino, y en la escucha de su Palabra y la atención a los signos de los tiempos, nos comprometamos en la renovación del mundo y de la historia según el Evangelio. Respondamos:

R. Escúchanos, Dios del amor y de la paz.

1. Para que el ciudadano del tercer milenio sepa comprender y respetar el prodigio de la creación, que se renueva año tras año, y colabore al proyecto de Dios, mediante su renovación espiritual y su generoso servicio al bien común. ***Roguemos al Señor.***
2. Para que la humanidad vuelva a encontrar en Cristo redentor la auténtica medida del amor como don de sí mismo, superando todo egoísmo, y vivamos verdaderos encuentros personales y fraternos, caminando bajo la mirada amorosa del Padre común. ***Roguemos al Señor.***
3. Para que el esfuerzo diario por construir un mundo más justo, solidario y fraterno no sea opacado por las dificultades e insidias del maligno, sino que nos mantengamos fieles en el camino de la Cruz, sabiendo que la semilla fecundada por el Sacrificio producirá frutos de resurrección y vida nueva. ***Roguemos al Señor.***

4. Para que el mensaje cristiano de esperanza florezca en gestos de reconciliación y de fraternidad; que las familias se integren en el amor y la fidelidad; que las diferentes clases sociales superen sus desigualdades; y las armas de destrucción se transformen en instrumentos de progreso y de paz. **Roguemos al Señor.**
5. Para que acudamos a la fuente inagotable de vida, y florezcan nuestros propósitos en valores del Espíritu, para que el mundo vea que lo destruido se reconstruye, lo envejecido se renueva, y todo ser viviente rinda gloria a tu Nombre. **Roguemos al Señor.**

Señor Dios, Padre lleno de amor, que diste a nuestros padres de Israel una tierra buena y fértil, para que en ella encontraran descanso y bienestar, y con el mismo amor nos das a nosotros fuerza para dominar la creación y sacar de ella nuestro progreso y nuestro sustento, al darte gracias por todas tus maravillas, te pedimos que tu luz nos haga descubrir siempre que has sido tú, y no nuestro poder, quien nos ha dado fuerza para crear las riquezas de la tierra y los avances de la técnica, a fin de adornar el mundo con el colorido de la virtud y el bien. Por Jesucristo nuestro Señor.

Día 4:



VAMOS DETRÁS DEL ESTANDARTE

Lecturas propuestas:

Números 21,6-9: *Moisés colocó la serpiente de bronce en un estandarte.*

(O bien): Zacarías 12,10-11; 13,6-7: *Mirarán a quien traspasaron.*

Salmo responsorial: 1 Crónicas 29,10-12. *R. Alabamos, Dios nuestro, tu nombre glorioso.*

(O bien): Salmo 97. *R. Nosotros hemos de gloriarlos en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo.*

Juan 12,31-36: *Cuando Yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí.*

Ideas para la reflexión

La vida humana es un combate. Debemos estar siempre en pie de lucha, vigilantes, no confiando en nuestras propias fuerzas, pues así seremos derrotados. Nuestra fuerza ha de ser la fuerza del Señor. Esta lucha desigual y desproporcionada terminaría en derrota nuestra, si no estuviera Dios de nuestra parte. Militamos en su ejército.

El adversario es un enemigo lleno de astucia y estratagemas: aparta a los hombres de Dios; se introduce sigilosamente entre las tinieblas. La lucha es contra las fuerzas del mal que se anidan en nuestro cuerpo de pecado. Necesitamos fortaleza para estar

de pie, como centinelas vigilantes. Cristo es nuestro capitán y estratega.

Los estandartes y banderas eran insignias de guerra para agrupar, animar y guiar a los escuadrones del ejército. La etimología de estandarte es incierta, pues se han asignado muchas procedencias: del francés antiguo del siglo XI «*están dart*», que era el recinto atrincherado para los soldados; del inglés «*stand hard*» que significa mantenerse firme; del latín «*extendere*» que significa extender; lo más probable es que procede del latín «*stare*» que significa estar de pie. Su uso pasó a grupos religiosos, civiles y militares.

Un estandarte es una insignia, distintivo o bandera que usan algunas corporaciones (clubes, ejércitos, familias, cofradías). Consiste en un pedazo de tela cuadrada pendiente de un asta en el que se bordan o sobrepone los símbolos de identificación. Representa o contiene en símbolo los valores e ideales de su clase, grupo o ideología.

Se aplica a las banderas militares, de corporaciones o grupos religiosos, a distintivos de jefes de estado o personas de familia real; a toda señal de honor, mando o supremacía, autoridad, preferencia o dignidad; pero fue más común su utilización en la caballería, compendiando la honra y gloria de los jinetes

soldados montados a caballo. Se izaba en sus residencias, vehículos, barcos militares y se empleaba en actos castrenses. Las familias reales usaban estandartes propios, variantes del Estandarte Real, que se izaba en el mástil principal de un navío cuando el rey estaba presente a bordo. El protocolo de algunos países lo hace enarbolar en el asta de la popa en sustitución de la bandera nacional.

En las *Tumbas Reales de Ur*, con otros objetos valiosos, se encontró *el estandarte de Ur*, de cerca del año 2,600 aC. Artísticamente su calidad es extraordinaria y sus imágenes nos permiten acercarnos a la vida de la sociedad sumeria: entre la paz y la guerra.

El pueblo judío, cuando salió de Egipto, marchaba por el desierto distribuido en doce formaciones, constituidas por las doce tribus de Israel. Cada una poseía un estandarte identificatorio, del mismo color de la piedra que identificaba a la tribu, colocada en el pectoral del Sumo Sacerdote: la tribu de Rubén el «odem» (rubí) y estandarte rojo con «dudaim» (fruta parecida a la forma del cuerpo humano); la de Simón la «pitdá» (esmeralda) y estandarte dorado con la ciudad de Shejem (en memoria de la derrota que infringió Simón al pueblo de Shejem, vengando a su hermana Dina: Gn 34,5); la de Levi la «Bareket» (cristal) y estandarte de tres colores (blanco, negro y rojo) con el pectoral que contenía el Urim ve Tumim (el nombre Sagrado de Dios); la de Judas la «Nofej» y estandarte color de cielo con un león; la de Isacar la «Safir» (safiro) y estandarte negro azulado con el sol y la luna (tribu experta en saber los tiempos); la de Zabulón la «Iahalóm» (diamante o perla) y estandarte blanco con una embarcación (comerciaban vía marítima, y con las ganancias mantenían a la tribu de Isacar abocada al estudio: Bereshit Raba 99: 9); la de Dan la «Leshem» (topacio) y estandarte negro azulado con una serpiente (que muerde los talones de los caballos del ejército enemigo haciéndolos caer; de esa tribu nació Sansón: Bereshit Raba 98: 14); la de Gad la «Shebó» (turquesa) y estandarte mezcla de negro y blanco con una tropa de ejército (esta tribu



fue a la guerra con Josué para conquistar la tierra de Canaan a pesar de asentarse del otro lado del Jordán, para ayudar a sus hermanos); la de Neftalí la «Ajlama» y estandarte color vino refinado con una gacela (su patriarca ágil como gacela acondicionó el sepulcro de su padre: la cueva de Majpela: Bereshit Raba 98: 17); la de Aser la «Tarshish» y estandarte de color los adornos de piedras preciosas de las mujeres y estandarte con un olivo (les tocó tierra abundante en olivos, que producían aceite para el candelabro y las ofrendas del Templo); la de José la «Shoham» y estandarte negro; dividida en las tribus de Efraín y Manasés, en su estandarte estaba dibujado Egipto, lugar donde crecieron, y se convirtieron en dos tribus; y además un toro en la de Efraín y en la de Manasés un reem (animal de gran tamaño); la de Benjamín la «Iashpe» y estandarte con una combinación de los colores de las demás tribus, con un lobo.

Las legiones romanas popularizaron el estandarte. El *vexillum* era un objeto sagrado utilizado en el periodo clásico del imperio Romano como estandarte, por las unidades que estaban lejos de sus legiones haciendo un servicio. Tenía la forma de un largo bastón con una bandera que contenía un águila en su centro. En tiempos de Augusto era solo de color rojo. El tejido pendía verticalmente de una punta horizontal, al contrario de las banderas.

El responsable de cargarlo era el *vexillarium* o portaenseñas, y la marcha y el alto se hacía tocando el *cuerno*. Debían reunir muchas virtudes como legionarios: manos seguras, sin huir en la batalla, cuidadosamente elegidos por los centuriones reunidos en consejo. Había dos portainsignias, así, si uno caía en el fragor de la batalla, no quedaban los legionarios sin insignia donde reunirse.

En los combates este instrumento señalaba el momento de la carga o de la retirada. Indicaban también, con el movimiento, la voluntad del jefe para las acciones que habían de efectuarse. Y en las funciones ordinarias del servicio militar, marcaba el instante en que debían comenzar determinados actos. También era la señal distintiva de una frac-

ción de tropas, simbolizando su importancia, valor y honor.

Cuando en el fragor del campo de batalla se dispersaban los hombres de las centurias o manípulos, pues al chocar las infanterías se producía descomunal mezcla de combatientes, con gran confusión, cada centuria tenía su insignia particular para reunirlos, volver a formar el cuadro militar, reorganizarse y luchar con una sola voz de mando. La pérdida de un estandarte en un enfrentamiento era una auténtica desgracia en la sociedad romana, y su recuperación se celebraba como una gran victoria por parte del ejército y de la sociedad.

En los primeros tiempos cada manípulo tenía un signo particular en su estandarte, constituido por un haz de paja, luego reemplazado por la representación de un animal. Primero una loba en memoria de haber criado a Rómulo. Después un cerdo, animal que inmolaban en la conclusión de un tratado, para indicar que el objeto de la guerra era la paz («*Si quieres la paz prepárate para la guerra*»). Usaron también la figura de un caballo o un minotauro (ser con cabeza de toro y cuerpo de hombre), para recordar al general la obligación de guardar oculto en el fondo de su alma su secreto, como el fabuloso minotauro estaba en el fondo Laberinto de Creta.

Durante los principios de la república la división del ejército estaba compuesta por cinco estandartes: el águila, el lobo, el minotauro, el caballo y el jabalí. En el año 104 a.C. Mario abolió los demás estandartes y dejó únicamente el águila (*Aquila*) como símbolo de todo el ejército. Era un águila de plata con las alas abiertas y un rayo en sus garras. Cada legión llevaba en una tabla rectangular el monograma S.P.Q.R. (*Senatus populus que romanus*). En tiempos del emperador Trajano se reemplazó el águila por un dragón. En el Bajo Imperio, el clipeo era una gran pieza circular de materiales preciosos esculpida y la imagen principal sirvió de Enseña.

Los legionarios posteriores a la República los adornaban con las insignias imperiales: medallas, corona, círculos, caprichosas figuras superpuestas unas a otras, rematando en una mano o águila coronada, o en la tela que en forma de cuadro distinguía a las cohortes

Constantino utilizó el Lábaro (del vascuence: *Lau-Buru*, que significa: cuatro cabezas, como la Cruz): enseña cristiana, teniendo en el asta, arriba, una

corona de oro con el nombre de Cristo, y cruzado por un travesaño del que pendía la tela en que iba su retrato, resguardada por 50 hombres bravos y fieles. Su origen es el blasón de los cántabros. Augusto necesitó tres ejércitos sin conseguir someterlos, y al final hizo las paces con ellos, y los «*laubura*», ente los trofeos que se llevó, permitió conocer la Cruz en el Imperio.

Pasó así a designar a la insignia utilizada por el ejército, en la que se bordan o sobreponen las armas reales y las del cuerpo a que pertenece. Primero se usó para infantería y Caballería, hoy sólo la caballería. En el inicio del siglo XIX, los regimientos de caballería disponían de cuatro estandartes, distribuidos por los cuatro escuadrones que formaban las unidades. Cada uno de los estandartes tenía un color determinado (azul, escarlata, amarillo o blanco) sobre el cual asentaban las armas reales.

Actualmente, en el Ejército, los estandartes son las banderas de desfile de las unidades de todas las armas. En las unidades independientes existe un Estandarte Nacional y un estandarte regimental. En las unidades incorporadas existe un estandarte de batallón.

Del uso militar pasó a designar la insignia que utilizan las comunidades religiosas y cofradías, teniendo pintada su imagen o insignia. Va asegurado en una vara o listón de toda su anchura y pendiente de un asta, formando así una cruz.

Nos recuerda que somos el ejército del Señor, en la lucha contra el mal, y que estamos congregados en torno a la Cruz, que nos organiza para enviarnos a triunfar. Dios consagró con la Sangre de Jesús el estandarte de la Cruz, para congregar a los hijos de Dios dispersos. Y quiso que ese árbol fuera para los fieles signo de salvación, a fin de que, guiados por esa bandera, avancen por las sendas del Evangelio.

La Cruz es el estandarte de los cristianos. De ahí deriva el uso de la Cruz alta en las procesiones que se realizan durante las celebraciones litúrgicas. Es una imagen muy importante. En el simbolismo cristiano, se presenta como el árbol de la Vida, una inversión del árbol de la tentación paradisíaca.

Al relacionarla con el árbol estamos otra vez ante el eje del mundo. Es un símbolo arcaico y elemental que se ha transformado en una representación e instrumento de martirio, pero de victoria, pues por la

Resurrección Cristo ha vencido a la muerte. Tal parecería la espada que se esgrime contra el monstruo primordial. Patentiza el triunfo de Cristo, primicia del triunfo de sus seguidores. Por eso se representa a Cristo resucitado con el estandarte de victoria en la mano.

Formamos un Batallón de la Guardia Real de Cristo, y en organización militar luchamos contra las fuerzas del mal. Vemos nuestros ideales como pueblo o asociación reflejados en un estandarte en forma de bandera. Esa Bandera es símbolo de Jesucristo; es nuestro signo de identidad y pertenencia a su ejército. Por eso le rendimos honores.

A su sombra participado dignamente en los actos de piedad propios de nuestro batallón. Ondeándola sin miedo ante el mundo, predicamos la Unidad de la fe católica, y buscamos la unión de todos por Cristo y en Cristo, con el vínculo de la caridad. Diremos: ¡Venga a nosotros, Señor, tu Reino Eucarístico! Viviendo las Bienaventuranzas evangélicas, venceremos en las batallas de la tierra, y seremos coronados por El en la gloria.

Sintetiza nuestros ideales cristianos y culturales. Es el signo que nos unifica en un mismo espíritu en todos los eventos propios, y que nos seguirá uniendo de generación en generación, en otros eventos. Juramos, como los antiguos legionarios romanos, ser fieles a los ideales expresados en ese estandarte, dispuestos a dar nuestra vida por los Artículos de nuestra Fe Católica, de que es símbolo. Y Diremos: ¡Venga a nosotros, Señor, tu Reino! Proclamamos a Cristo como nuestro soberano Rey e invicto Capitán.



Oración universal:

Invoquemos a nuestro Redentor, que nos redimió con su Cruz para que enarbolemos el estandarte del triunfo sobre el pecado y la muerte, y digámosle:

R. Por tu Cruz, sálvanos, Señor.

1. Cristo, tú que te despojaste de tu gloria y tomaste la condición de esclavo pasando por uno de tantos, haz que todos los miembros de la Iglesia imitemos tu humildad en la lucha contra el mal. **Roguemos al Señor.**
2. Cristo, tú que te rebajaste hasta someterte incluso a la muerte y una muerte de Cruz, otórganos a tus servidores la virtud de la humildad y la paciencia. **Roguemos al Señor.**
3. Cristo, tú que fuiste levantado sobre todo por Dios, que te concedió el Nombre sobre todo nombre, concede a tus fieles la perseverancia hasta el fin en tu servicio. **Roguemos al Señor.**
4. Cristo, a cuyo Nombre ha de doblarse toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el abismo, atrae a todos los hombres hacia tu corazón para que te veneren y te adoren con fe. **Roguemos al Señor.**
5. Cristo, a quien toda lengua proclamará Señor para gloria de Dios Padre, recibe a nuestros hermanos difuntos en el Reino de la felicidad eterna. **Roguemos al Señor.**

Padre Dios, que has hecho de todas las naciones un solo pueblo consagrado a ti, y con la Sangre preciosa de tu Hijo consagraste el estandarte santo de la Cruz y quisiste que el árbol santo fuera para los fieles el signo de salvación, concédenos avanzar, guiados por esta bandera y bajo su protección, por las sendas del Evangelio, y ser para nuestros hermanos ejemplo de justicia, de fraternidad y de amor, para progreso de nuestra patria terrena en su lucha contra el mal. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor.

Día 5:

VENERAMOS LA IMAGEN SAGRADA

Lecturas propuestas:

Génesis 1,26-28.31: A imagen de Dios lo creó.

Salmo 8. R. *¡Qué admirable es tu nombre, Señor, en toda la tierra!*

(O bien): Salmo 112 (113). R. *Bendito sea el nombre del Señor ahora y siempre.*

Romanos 8,28-32: Ser conformes a la imagen del Hijo de Dios.

(O bien): 2 Corintios 3,17 – 4,2: *Reflejamos la gloria de Dios y nos vamos transformando en su imagen.*

(O bien, si es imagen de Cristo): Colosenses 1,12-20: *Cristo es imagen de Dios invisible.*

Mateo 7,7-11: *Pidan y se les dará.*

(O bien, si es una imagen de la Santísima Virgen María): Lucas 1,42-50: *Me felicitarán todas las generaciones.*

Ideas para la reflexión

Dice el Directorio sobre piedad popular y liturgia (DPPL 238-244) que la Encarnación inauguró la economía de la imagen. Las imágenes sagradas son traducción del Evangelio, signos que representan a Cristo y a sus santos, estímulos para su imitación, memoria de su acción, ayuda en la oración, y una forma de catequesis. La veneración se tributa a la persona a quien representan. Reflejan la belleza de Dios, pero no son para llenar el gusto sino para introducir en el Misterio. Y recuerda que están prohibidas las imágenes indecorosas, contrarias a la fe, que induzcan a error, desencarnadas o demasiado humanas.

La imagen de nuestra Madre santísima o nuestro santo patrono, además de que la sentimos como «algo» de esa presencia misteriosa de Dios en nuestra historia, está ligada a distintas experiencias históricas

favorables, tanto familiares como comunitarias. Expresa el acercamiento y la presencia de Dios, y esperamos que también engendre el acercamiento de cada uno y de la comunidad.

El santo de nuestra devoción es una persona sagrada con la cual tenemos una relación directa, pues los consideramos alguien que está muy cerca de nosotros. Pertenecemos a nuestra raza humana, con nuestras debilidades y sueños, y fueron fieles a la gracia de Dios. Recurrimos a ellos como aliados celestiales, con la confianza de que velan por nuestros intereses materiales y espirituales.



Pero no podemos colocar en el mismo nivel a la Santísima Trinidad y a nuestro Señor Jesucristo en sus diferentes advocaciones y misterios (Niño Jesús, Jesús nazareno, Crucificado, Sagrado Corazón, Cristo Rey, etc.); a la santísima Virgen María, la colaboradora más cercana en la obra de la Redención,

ya glorificada en cuerpo y alma, en sus advocaciones; a los santos canonizados por la Iglesia; y a otros personajes en proceso o a quienes el pueblo indebidamente rinde culto.

Dios es un Padre bueno y providente que tiene cuidado de nosotros, pero nos sentimos mejor acudiendo a un amigo suyo y nuestro que nos acompañe. Muchas veces nuestra oración no la dirigimos directamente a Dios, sino recurrimos a esos seres intermedios, muchas veces a los cuales les hemos dado una especialización, dada su especial proximidad a nosotros. Así podemos acercarnos a la inmensidad de los cielos donde está el Todopoderoso que dirige los destinos. Sólo que no hay que quedarnos en los intermedios, ni negar que participan de la única mediación de Cristo.

Ante las imágenes, podemos tener dos actitudes extremas: a) Insensibilidad: por un dualismo gnóstico-maniqueo y un espiritualismo puritano que considera sólo bueno lo espiritual y lleva a un iconoclasmo o desprecio a las imágenes sensibles. b) Exageración y superstición idolátrica hacia las imágenes, por un pseudo-misticismo sensualista.

No faltan quienes se escandalicen de la veneración que rendimos a las imágenes, que responde a la necesidad que tenemos a garantías palpables y de poder acercarnos y tocar a esos intercesores cercanos. Incluso aluden al mandamiento de: «No te harás imagen alguna para postrarte ante ella» (*Ex 20,2-5*). Pero Cristo es la imagen de Dios, y por la Encarnación, sí podemos tocar, ver y sentir a Dios: «El Verbo se hizo carne y puso su morada entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria como Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad» (*Jn 1,14*).

El Antiguo Testamento era la religión de la escucha. El verbo «escucha» aparece 1,100 veces. El hombre no puede ver a Dios sin morir (*Ex 33,23*). Dios no se deja representar, pues es Dios quien modela al hombre: somos imagen de Dios. El ídolo es falso porque se queda en el aspecto exterior, la forma, la aparición; le falta el contenido. Pero, con la Encarnación, la Palabra de la Vida se hace visible (*Jn 1,18; 14,9; Heb 1,1-2*). En el Nuevo Testamento aparece 680 veces el verbo «ver», frente a 425 «escuchar». En la transfiguración, que es una visión, la voz pide escuchar al Hijo. Y la imagen de Cristo está impresa en nosotros (*2Co 3,18; Rm 8,29*).

En el Imperio Romano, el emperador se hacía presente en todos los lugares mediante su imagen, que presidía los lugares en los cuales se ejercía justicia o administración, y a la cual se rendía culto como al mismo emperador. Su imagen también estaba impresa en las monedas, que se consideraban participación de la riqueza del imperio. En Roma, ya en el siglo II, se comenzaron a acuñar las primeras monedas o medallas representando a san Pedro y a san Pablo, juntos o uno en cada cara. Y pronto se comenzó a representar en mosaicos, pinturas y esculturas, siguiendo los patrones clásicos, a Cristo, a María y a los santos, como puede verse en catacumbas y antiguas *Domus Ecclesiae*.

Sobre todo los monjes desarrollaron todo un arte místico, en el cual, en ambiente de oración contemplativa, iban plasmando en los iconos la fe

predicada y profesada, para el uso en la celebración, con fines a la vez catequístico y cultural. Las iglesias se llenaron de imágenes, en mosaicos, pinturas y bajorrelieves.

En el año 726, León III «el isáurico», emperador de Constantinopla, inició una campaña en contra de las imágenes. En el 730, al ordenar su destrucción, se le opuso el arzobispo Germán de Constantinopla. En Roma, 93 obispos lo condenaron.

Constantino V, su hijo, con algunos obispos, provocó revueltas en Asia Menor y Tracia. Puso como patriarca a Anastasio. En el 754 hizo un concilio condenando las imágenes en Hieria; pero no estaban los representantes de Roma, Alejandría, Jerusalén ni Antioquía. En 767 Juan Damasceno convocó un sínodo en Jerusalén. El Papa Esteban II hizo un sínodo en Roma en 769, contra los iconoclastas. Pero de parte del gobierno vino una fuerte represión que originó muchos mártires.

León IV, su hijo, fue tolerante. Su viuda, regente del menor Constantino, en agosto del 786, hizo un concilio en la iglesia de los santos apóstoles; pero entró el ejército y lo desbarató. Cambió las tropas y logró la retractación del patriarca Pablo IV.

Del 24 de septiembre del 23 de octubre del 787, se reunió el VII Concilio Ecuménico, en la catedral de Santa Sofía en Nicea. Se dieron muchos testimonios de los prodigios obrados por Dios a través de la veneración de las imágenes. Se aclaró la diferencia entre adoración y veneración: la adoración se debe exclusivamente a Dios, pues se trata de una entrega total de la vida; mientras que la veneración es un respeto hacia lo sagrado y lo que representa. Las imágenes son una profesión de fe y se utilizan como medios en el culto sagrado. Por tanto, es legítimo darles culto.

Pero León V «el armeno», en 813 tuvo problemas con el patriarca Nicéforo. En 815 convocó un concilio en Santa Sofía, con 270 obispos, donde puso a Juan el gramático. El ejército destruyó el Cristo de Irene, y se lanzó por todo el imperio destruyendo las imágenes que quedaban. Miguel II, en 821, quiso la unión, y convocó un concilio. Pero se opusieron los monjes. La viuda Teodora restableció el culto de las imágenes, y puso al patriarca Metodios. En marzo del 843, hizo un concilio. Y el 19 de febrero del 844, primer domingo de cuaresma, se hizo la solemne procesión del triunfo de los iconos.

En el siglo XVI, los reformadores protestantes de nuevo mostraron un rechazo absoluto a toda imagen del culto cristiano. Pero la Iglesia, el final del Concilio de Trento (3 diciembre de 1563), hizo una profesión de fe acerca del culto a las imágenes.

Así que las discusiones sobre las imágenes no son nuevas, y han permitido a la Iglesia precisar su fe y valorar su aporte. Dios obra a través de las imágenes. Constituyen un acto de fe de la Iglesia: la santidad y la comunión de los santos. Los artistas pintan o esculpen la memoria de la Iglesia.

Veneramos las imágenes en cuanto cosas sagradas destinadas al culto, y en cuanto representan a alguien que fue fiel en su seguimiento de Cristo y ahora participa de su gloria. Hay una cierta presencia del misterio del diálogo divino y la alabanza celeste. Son un medio para recordar e imitar al representado, un camino para la contemplación, un puente, una guía, un punto de encuentro. Como los sacramentos, las imágenes nos ofrecen un don de Dios, a la vez visible e invisible, gratuito y generoso, aunque tenga sus riesgos.

Lo que prohíbe Dios es la idolatría, no las imágenes. Si destruyendo las imágenes se acabara la idolatría, seríamos los primeros en destruirlas. Pero hay muchos ídolos sin imagen; y hay muchas imágenes sin ídolos. Dice Dios: «No habrá para tí otros dioses delante de mí. No te harás escultura ni imagen alguna ni de lo que hay arriba en los cielos ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas ni les darás culto, porque Yo, Yahvé tu Dios, soy un Dios celoso» (*Ex 20,3-5*). Pero Dios mismo ordena esculpir dos querubines para los extremos del propiciatorio en el arca de la alianza (*Ex 25,18*). Manda a Moisés fundir la serpiente de bronce sobre un mástil para librar de las mordeduras de serpientes (*Nm 21,8-9*). El día en que el pueblo la divinizó, Dios ordenó su destrucción (*2Re 18,4*).

Cristo es la imagen visible del Dios invisible (*Col 1,15*; *2Co 4,4*). Cuando a Jesús le presentaron la moneda con la imagen del César, no hubo de su parte alguna palabra de condena o desprecio. Una mujer, al tocar el manto de Jesús, quedó curada (*Mt 9,20*). Los enfermos curaban con la sombra de Pedro (*Hch 5,15*) o los pañuelos de Pablo (*Hch 19,11*). Saulo cobró la vista por medio de Ananías (*Hch 9,1-9*).

En cualquier casa o cartera hay una foto de un ser querido. Los recuerdos de los siervos de Dios, que nos

inspiran devoción para acercarnos a Dios, imitando sus virtudes y haciéndonos ayudar por su intercesión, no puede tener nada de malo ni supersticioso.

Es cierto que Cristo es el único mediador (*1Tm 2,5*). Pero en *Apocalipsis 5,8* nos presenta la función de los santos de interceder por nosotros, ofreciendo las copas de perfumes. No ejercen una mediación distinta de la de Cristo, sino que son asociados a su misma misión. Como pedimos a nuestros amigos que recen por nosotros, así nosotros pedimos a los santos que intercedan por nosotros.

En las imágenes, invocamos a sus prototipos, para entrar en el misterio de Cristo y despertar en nosotros la respuesta de fe. No sólo nos recuerdan su existencia, sino crean cercanía, son mediadores de su presencia por el misterio de la comunión de los santos, nos llevan a la contemplación y a la comunión. No nos conformamos con saber y oír, sino nos resulta espontáneo el deseo de ver. Contemplando las imágenes, anticipamos el momento final, cuando veremos a Dios cara a cara.

Oración universal:

Invoquemos a nuestro Padre Dios, que configura a los santos con la imagen de su Hijo y con la fuerza del Espíritu no deja de santificar a la Iglesia, para suplicarle que nos conceda un espíritu de auténtica piedad profesada de corazón y con el serio compromiso de una vida cristiana, y respondamos a cada invocación diciendo:

R. Envíanos, Señor, el espíritu de piedad.

1. Dios clementísimo, que quieres que recordemos siempre tus maravillas, haz que la visión corporal de las imágenes sagradas nos eleve a la contemplación de los signos de tu salvación misericordiosa. ***Roguemos al Señor.***
2. Dios fuente de santidad, que deseas que te demos culto en espíritu y en verdad, concédenos que con la ayuda de las imágenes sagradas y de su significado practiquemos siempre la justicia y una piedad auténtica. ***Roguemos al Señor.***
3. Dios amigo de los hombres, que por medio de tu Hijo nos has mandado orar siempre, haz que, dedicándonos a la oración, podamos llevar una vida con toda piedad y decoro para un día alabarte con todos los santos. ***Roguemos al Señor.***

4. Tú que en tu Iglesia distribuyes de manera admirable diversidad de ayudas para nuestra santidad, haz que lo que recibimos de manos de tu Iglesia lo utilicemos para su crecimiento. **Roguemos al Señor.**
5. Dios sapientísimo, que por Cristo constituiste a los apóstoles fundamento de tu Iglesia, consérvanos en la doctrina que enseñaron, y concédenos celebrar las maravillas de tu gracia obradas en ellos. **Roguemos al Señor.**

6. Fortaleza de los mártires e inspiración de las vírgenes, haz que seamos testigos fieles de tu Hijo, hasta el derramamiento de sangre, y valoremos la castidad consagrada como una señal particular de los bienes celestiales. **Roguemos al Señor.**

Manifiesta en tus santos, Señor, tu presencia, tu rostro y tu palabra, para responder al llamado que nos hacer a la santidad, sintiéndolos cercanos por su imitación en tu seguimiento. Por Jesucristo nuestro Señor.

Día 6:



REZAMOS EL ROSARIO DE AURORA POR LA CALLE

Lecturas propuestas:

Hechos de los Apóstoles 1,12-14: *Se dedicaban a la oración en común con María la madre de Jesús.*

Salmo responsorial: Lucas 1,46-55. *R. El Poderoso ha hecho obras grandes por mí, su nombre es santo.*

Lucas 2,46-52: *La madre de Jesús meditaba todo en su corazón.*

Ideas para la reflexión

Madrugamos en los días de la fiesta para el rosario de aurora. Son pocos los días al año que hacemos este sacrificio. Vale la pena encomendar a nuestras familias y hacer algo por nuestras almas. Como madrugan los estudiantes, y hasta no duermen, cuando llega el tiempo de exámenes. Como madrugan los campesinos, y hasta no duermen, cuando hay mucho trabajo en el campo. Como madrugan o se desvelan los trabajadores para ganarse el sustento del cuerpo. Como madrugan o velan los cazadores para ir de cacería, o los aficionados el deporte por acudir al juego de estrellas, o los soldados cuando hay guerra. Así nosotros madrugamos



mos en los días de fiesta para orar con María, nuestra Madre.

El alba es como el toque de diana del ejército, para levantarnos a luchar contra el demonio, y el primer demonio en vencer es la pereza. Es hasta recomendable caminar por la mañana, para contrarrestar el colesterol malo, estar en forma, controlar los nervios, mejorar la digestión, etc. Cuando acompañamos con

oración nuestra caminata, tiene un mayor valor y eficacia. Además, todos tenemos multitud de necesidades.

Qué bella es la hora temprana, cuando hay aún silencio y paz en nuestras calles. Porque a quienes les gusta la juerga se desvelaron y están dormidos. La aurora es símbolo de la Santísima Virgen, que anuncia la llegada de

Cristo, el nuevo sol, viene a disipar nuestras tinieblas. La Virgen es la aurora que trajo la alegría al mundo. En vez de la arraigada devoción a la santa almohada, madrugamos para orar. Son tantas nuestras necesidades, que sólo Dios tiene la respuesta.

«Es hora de despertar del sueño», nos dice San Pablo (*Rm 13,11*). Y en otro lugar dice: «Despierta, tú que duermes, levántate de la muerte, y Cristo te iluminará» (*Ef 5,14*). El que duerme no ve, no oye, no siente, no quiere despertar. Así le pasa al pecador: no ve lo malo y amargo del pecado, no oye las advertencias que le da la vida y la conciencia, no siente el riesgo de condenarse y echar a perder su familia, no trabaja por apartarse de las ocasiones y corregirse, no quiere convertirse. Nosotros despertamos, y queremos dedicar nuestra oración a nuestra Madre, para que nos mantenga despiertos en la vida cristiana.

Y nuestras calles, que han sido testigas de pleitos, insultos, robos, engaños, atracos, grafitis, publicidad de todo género, infidelidades, etc., ahora se llenan de plegarias elevadas al Señor por intercesión de María y en compañía de los santos. Purificamos así nuestras calles, caseríos, espacios públicos, y los consagramos a Dios. Igual se puede decir de las peregrinaciones, aunque no siempre se puede orar debido al ruido de bandas y danzas.

El Rosario es como una ventana para asomarnos a contemplar, como a través de un cristal, los Misterios de nuestra salvación. Es como una cuarta columna al lado de los Evangelios sinópticos, para mirar de un golpe de vista los hechos redentores del Señor. Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica, como María. El Rosario es un fácil método de meditar las lecciones de la vida de Cristo y de su Madre. Tiene 20 cuadros como apoyo de la meditación de cada misterio. En el rosario de aurora encomendamos a la intercesión de María nuestras necesidades del cuerpo y del alma, de nuestra persona y de la comunidad.

La santísima Virgen, predestinada desde toda la eternidad, junto con la Encarnación del Verbo divino, para ser Madre de Dios, fue aquí en la tierra la santa madre del Redentor y cooperó de un modo singular en su obra. Esta disposición de la divina providencia se pone de relieve de modo muy apropiado en la forma de oración que llamamos rosario. Rezando el rosario, recordamos y meditamos los misterios de nuestra salvación, en compañía de María, y dirigimos a Dios nuestra alabanza vocal.

Es muy importante encontrarle sentido al rosario. No se trata sólo repetir y repetir las cincuenta

Avemarías como lo haría una grabadora. Nos resultaría monótono, ni siquiera sería oración si no nos comunica con Dios y al poco tiempo lo dejaríamos. La meditación simultánea de los misterios es de una riqueza tan grande que nos ayudaría mucho en nuestro diario vivir, incluso para contrarrestar el bombardeo diario de imágenes y mensajes que van en contra de nuestros principios morales y doctrinales.

Los misterios gozosos nos recuerdan el fin para el que fuimos creados: servir a Dios. En cada uno de ellos, vemos a la Santísima virgen, nuestra Madre, como la sierva predilecta de Dios, desempeñando los deberes propios de su estado con tanto amor y humildad como ninguna criatura lo ha hecho sobre la tierra. Vemos a Jesús, nuestro Salvador y Maestro, hecho Niño indefenso, pobre, dependiendo del cuidado de sus padres, para mostrarnos qué poco vale el poder y la soberbia y la riqueza de este mundo.

Siempre deseamos tener más, poseer más... ¿Y nos preocupamos por ver si los que están más cerca de nosotros no carecen a veces hasta de lo más necesario? ¿Les damos algo de nuestro tiempo? ¿Les ayudamos a descubrir en ellos mismos ese potencial que todos llevamos dentro porque fuimos hechos a imagen y semejanza de Dios?

Los misterios luminosos nos van llevando de la mano a considerar los principales acontecimientos en los cuales Jesús se manifiesta como Mesías y Dios, y va avanzando en la realización de su misión en la tierra. Tenemos ojos nuevos para mirar su bautismo, las bodas de Caná, el anuncio del Reino, la transfiguración, y la Cena del Señor. Nos llevan a ser conscientes de la superficialidad con la cual vemos de ordinario las cosas, juzgando a Cristo y a su Evangelio sólo como un personaje más y un mensaje entre tantos, y considerando a la Iglesia una sociedad entre tantas, y no el Cuerpo y esposa de Cristo, tipificada en María.

Los misterios dolorosos iluminan el dolor humano. Cuántas veces no le encontramos sentido a esas penas físicas o espirituales nuestras o de los que más amamos. Y nos sentimos impotentes y nos desesperamos ante una enfermedad incurable, ante crisis conyugales o económicas de nuestros seres más queridos; y queremos preguntarle a Dios, ¿por qué? Nos olvidamos que El, para suavizar nuestras penas, aceptó convertirse en el «Varón de dolores». Lo vemos en

cada uno de estos misterios despreciado, humillado, abandonado de todos. El inocente, el Santo, pagando por nuestros delitos; llevado como un cordero al Sacrificio; sufriendo en Su Corazón sensibilísimo toda la amargura y la soledad del abandono del Padre, dolor tan grande que nunca llegaremos a comprender en esta tierra.

«Tanto amó Dios al mundo que le dio a su propio Hijo». Ahí está, azotado, coronado de espinas, muerto en una cruz. . . ¡Ah, si supiéramos acercarnos a Él en la contemplación de estos misterios! Y permanecer ahí, muy cerquita de su Corazón, amándolo cada día un poco más, uniendo nuestro dolor al suyo; para que su reino se extienda, para que a todos nos llegue su salvación.

Los misterios gloriosos son una proyección de lo que será nuestra vida en el Cielo. Es acompañar a Jesús y a María en su triunfo eterno. Es recordar que fuimos creados para el cielo, que la figura de este mundo pasa. Es avivar el deseo de llegar a la Patria, superando los obstáculos y relativizando los gozos inmediatos.

Nuestro destino es muy grande ¡Somos hijos de Dios! La fe y la esperanza en la Palabra de nuestro Redentor, nos ayudan a registrar las verdades que contemplamos en estos misterios. Serán una fuerza a lo largo de nuestro camino mientras llegamos a la verdadera vida donde no habrá llanto ni tristeza, porque «El enjugará toda lágrima de nuestros ojos» y nos permitirá gozar de la dicha que nos tiene preparada desde toda la eternidad.

No nos cansemos de rezar el rosario, no sólo en el rosario de aurora o las peregrinaciones de las fiestas, sino todos los días. Es el puente que nos une al Cielo, es la vez puerta de nuestra salvación, es fuente de paz y es el arma más potente para vencer a nuestros enemigos. Es «el Evangelio de los pobres», como le llamó Juan XXIII, pues los analfabetos por medio del rosario han aprendido los misterios de nuestra fe. Y suplicamos confiados a María: Ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.

Oración universal:

Ya que con razón el rosario es considerado como una señal particular de nuestra devoción a la santísima Virgen María, y ha moldeado la conformación de una personalidad cristiana en muchos santos, invoquemos al Señor por intercesión de la misma Madre de Dios, diciendo:

R. Que por María nos unamos más íntimamente a Cristo.

1. Padre clementísimo, que elegiste a María, por la aceptación de tu Palabra, como colaboradora en la obra de la redención, haz que tu Iglesia, por intercesión de la misma Virgen santísima, reciba con abundancia los efectos de tu salvación.
2. Tú que al unir tan estrechamente a la Virgen María con Cristo, tu Hijo, la colmaste admirablemente con la plenitud de la gracia, y le ayudaste a ser su primera y más excelente discípula, haz que la sintamos siempre como madre que acompaña e intercede.
3. Tú que en la santísima Virgen María has querido darnos un modelo perfecto de seguimiento de Cristo, haz que nos esforcemos por reproducir en nuestra vida los misterios de la salvación que en el rosario piadosamente recordamos, y en la Eucaristía se hacen presentes para que participemos de ellos.
4. Tú que enseñaste a María a conservar y a meditar en su corazón todas tus palabras, haz que, a imitación suya y en su compañía, recibamos con fe y practiquemos las palabras de tu Hijo en la Iglesia.
5. Tú que diste el Espíritu Santo a los apóstoles cuando permanecían orando con María, la madre de Jesús, concédenos que, dedicados a la oración, vivamos por el Espíritu y marchemos tras el Espíritu en la construcción de tu Reino en el mundo.

Dios Padre nuestro, que nos permites recordar y celebrar con fe los misterios de tu Hijo, danos tu gracia, para que, sostenidos por la piadosa súplica del rosario, nos esforcemos por meditar y conservar continuamente en nuestro corazón los gozos, luces, dolores y gloria de Jesús, junto con María, su madre. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor.

Día 7:



ENTRAMOS AL TEMPLO DE RODILLAS

Lecturas propuestas:

Esdras 5,1-10: *De rodillas suplica perdón por los matrimonios mixtos.*

Salmo 65(66). *R. Vengan a escuchar, les contaré lo que ha hecho conmigo.*

Efesios 3,14-19: *Doblo mis rodillas ante el Padre para conocer su amor.*

(O bien): Filipenses 4,4-7: *Con agradecimiento sus peticiones sean presentadas a Dios.*

Mateo 8,1-4: *Señor, si tú quieres puedes curarme.*

Ideas para la reflexión

Se acostumbra concluir, tanto el rosario de aurora como la marcha religiosa de la peregrinación, en la puerta del templo, al cual entramos de rodillas, como una forma de oración con la cual coronamos el camino. En efecto, la entrada de rodillas a la Iglesia une el significado de caminar avanzando hacia el lugar sagrado y el de orar de rodillas con una súplica intensa que conlleva penitencia. Sobre el peregrinar ya hablamos, ahora mencionamos la oración de rodillas, citando algunos textos bíblicos.

Doblegar ante alguien la articulación entre el muslo y la pierna indica sometimiento y reconocimiento de autoridad, humillación ante Dios, reconocimiento de su grandeza contrastando con nuestra pequeñez. Orar de rodillas es la forma más sencilla de la postración completa, y caracteriza una actitud interior diferente a la posición sentada del discípulo o de pie del señor o del soldado. Esa oración que hacemos doblando el cuerpo hacia el suelo, y luego arrastrándonos hacia el Señor, no tiene nada de discurso, de exhortación ni de bendición; es una imploración muda, una súplica profunda, acompañada muchas veces de canto, o de rezos individuales o colectivos. Nos doblegamos ante quien es más grande que nosotros.

Orar de rodillas es una postura normal en la oración para expresar la súplica en la adoración (Ef 3,14), y aparece muchas veces en la Biblia. Toda rodilla se doblará ante Dios hecho hombre: «Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un

nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Fil 2,9-11). «Vino a él un leproso, rogándole; e hincada la rodilla, le dijo: Si quieres, puedes limpiarme» (Mc 1,40).

res, puedes limpiarme» (Mc 1,40).

De rodillas ora el cristiano en súplica y acción de gracias: «Sacando a todos, Pedro se puso de rodillas y oró; y volviéndose al cuerpo, dijo: ‘Tabita, levántate’. Y ella abrió los ojos, y al ver a Pedro, se incorporó. Y él, dándole la mano, la levantó; entonces, llamando a los santos y a las viudas, la presentó viva» (Hch 9,40- 41). «Pido que no desmayen a causa de mis tribulaciones por ustedes, las cuales son su gloria. Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo» (Ef 3,13-14).

Aunque la postura normal de oración judía era de pie vueltos hacia Jerusalén, tres casos de oración de rodillas refiere el Antiguo Testamento. Al final de la dedicación del templo Salomón bendice a la asamblea que está de pie, y le dirige un pequeño discurso (1Re 8,14-21); luego se vuelve hacia el altar y durante su larga oración (8,22-53) permanece «arrodillado con las manos extendidas hacia el cielo» (8,54); finalmente, de pie bendice al pueblo exhortándolo (8,55-61). Esdras, a la noticia de los matrimonios de judíos con extranjeras, permanece «sentado, abrumado hasta la oración del atardecer»;



entonces «salí de mi postración, caí de rodillas extendiendo las manos hacia el cielo y dije...» (Esd 9, 4s); a esa oración se unió el pueblo con lágrimas (10,1). Daniel, solo en su cuarto alto, «tres veces al día se ponía de rodillas orando y confesando a Dios: así lo había hecho siempre» (Dn 6,11).

En cuanto a Jesús, lo vemos arrodillarse para la oración de la agonía (Lc 22,41), y luego «caído en tierra» (Mc 14,35), «el rostro contra la tierra» (Mt 26,39). Había puesto el ejemplo del fariseo satisfecho de sí y el publicano arrodillado y arrepentido que oraban en el templo, de los cuales el segundo fue perdonado. A los pies de Jesús un día se puso María, la hermana de Martha, que eligió la mejor parte, atenta a su palabra (Lc 10,38-42). Ante los hombres estamos de pie, ante Dios, nos ponemos de rodillas.

En circunstancias solemnes, los primeros cristianos hacían la oración de rodillas: Esteban moribundo, en el momento en que perdona a sus verdugos que lo apedrean (Hch 7, 60), Pedro antes de resucitar a Tabita (9,40), Pablo después de su larga alocución de adiós a los ancianos de Éfeso (20,36), y todos los cristianos a una sobre la playa en el momento de la separación (21,5). Así pasó a la liturgia a ciertos momentos de intensa plegaria, de adoración, de reconocimiento humilde de los pecados.

No siempre podemos permanecer de rodillas en oración, pero el camino hacia el trono de misericordia está siempre abierto. Mientras nos dedicamos al trabajo activo, podemos pedirle ayuda; y Aquel que no nos engañará nos ha prometido: «Pidan y recibirán». El cristiano puede y debe encontrar tiempo para orar. Daniel era un estadista con pesadas responsabilidades, pero buscaba a Dios tres veces al día, y el Señor le dio el Espíritu Santo. En la actualidad acudimos al pabellón sagrado del Altísimo con la seguridad de su promesa: «Y mi pueblo habitará en morada de paz, en habitaciones seguras, y en recreos de reposo» (Is 32,18). Quienes lo desean, pueden encontrar un lugar para mantener comunión con Dios, donde ningún oído puede escuchar sino únicamente el que está abierto al clamor del desvalido, afligido y necesitado. Jesús dice: «Ustedes valen más que muchos pajarillos» (Mt 10,31).

No hay tiempo o lugar en que sea impropio orar a Dios, ni siquiera cuando vamos avanzando de un lugar a otro. No hay nada que pueda impedirnos elevar nuestro corazón en ferviente oración. En medio

de las multitudes y del afán de nuestros negocios, podemos ofrecer a Dios nuestras peticiones e implorar la divina dirección, como lo hizo Nehemías cuando hizo la petición delante del rey Artajerjes.

Podemos hablar con Jesús mientras andamos por el camino, y él dice: «Estoy a tu diestra». Y dice el salmista: «Aunque pase por valles de tinieblas, no temeré mal alguno, porque tu vara y tu cayado me sosiegan». Podemos comulgar con Dios en nuestros corazones a la vez que avanzamos, andando en compañía con Cristo, y a la vez podemos hacerlo arrodillados en intensa súplica.

Mientras atendemos a nuestro trabajo diario, podemos exhalar el deseo de nuestro corazón, sin que lo oiga oído humano alguno; pero aquella palabra no puede perderse en el silencio, ni puede caer en el olvido. Nada puede ahogar el deseo del alma. Se eleva por encima del trajín de la calle, por encima del ruido de la maquinaria. Es a Dios a quien hablamos, y él oye nuestra oración. Y hay momentos en los cuales hacemos pública nuestra plegaria, que adquiere mayor fuerza cuando se hace colectivamente.

Surcando la callecita del centro de la nave, avanza ese río de gente que en gesto de súplica se precipita hacia el corazón de Cristo que con los brazos abiertos los recibe, contando con la compañía e intercesión de María y de los santos. Unos porque agradecen favores, otros porque los suplican, y otros porque tienen conciencia de sus faltas, pero todos en gesto público de oración. ¡Cuánta energía espiritual generan para el bien de la Iglesia!

Oración universal:

Dios ama todo lo que ha creado y lo conserva con su bendición, pero los humanos sentimos que nuestras necesidades son inmensas y que los problemas nos superan. Pidámosle con humildad que nos conceda su bendición y su consuelo, diciendo:

*R. Descienda sobre nosotros,
Señor, tu bendición.*

1. Dios eterno, que nos das un sentido más profundo de esta vida cuando nos sometemos de corazón a tu voluntad, dignate llenarnos de humildad para recibir tu espíritu de santidad y justicia.
2. Tú que deseas que tus dones se devuelvan multiplicados a ti y a los hermanos, acepta el ofrecimiento

de nuestra sumisión, nuestra contrición y nuestro amor sincero.

3. Tú que nos miras siempre con ojos de bondad y tienes corazón misericordioso hacia aquellos que yacen en el polvo, escucha la voz de quienes esperamos en ti.
4. Tú que enviaste a tu Hijo al mundo para que destruyera la maldición del pecado y nos trajera tu bendición, dignate bendecirnos con toda clase de bienes espirituales y celestiales.
5. Tú que enviaste a nuestros corazones el Espíritu de tu Hijo que nos hace gritar; «Abbá», Papá, escú-

chanos a nosotros, tus hijos, que reconocemos nuestra pequeñez y ensalzamos tu bondad de Padre.

6. Tú que por la Muerte y Resurrección de tu Hijo nos has elegido para ser tu pueblo y tu heredad, acuérdate de nosotros en nuestras necesidades y bendice tu heredad.

Conforta, Señor, a tus hijos con la bendición que imploramos de ti, para que nunca nos apartemos de tu voluntad y siempre podamos agradecer los beneficios con que respondes a nuestra intensa oración. Por Jesucristo nuestro Señor.

Día 8:



DANZAMOS ANTE EL SEÑOR

Lecturas propuestas:

2 Samuel 6,12-15: *David danzaba ante el arca.*

(O bien): Jeremías 31,10-13: *Entonces se alegrará la doncella en la danza.*

(O bien): Sofonías 3,16-20: *Exulta porque el Señor está en medio de ti.*

Salmo 104(105). R. *El Señor sacó a su pueblo con alegría.*

(O bien): Salmo 149. *Canten al Señor, bendigan su nombre.*

Mateo 11,16-19: *Tocamos y no bailaron.*

Ideas para la reflexión

En el corazón humano hay un ritmo vital, una expresión que va más allá del lenguaje escrito y de las palabras. Para intentar expresar lo más profundo del ser se necesitan gestos, palabras, signos; y, aun así, en algún momento resulta insuficiente. La poesía, la música, la danza ayuda a expresar esa intuición vital de unión con Dios, de amor a la naturaleza, de vinculación con lo sagrado. La danza religiosa es un tipo de danza de participación, que no requiere de espectadores, ya que intenta crear un vínculo con lo divino. Sus pasos suelen ser repetitivos y fáciles de aprender, para integrar a los que gusten.

La danza y el canto estaban estrechamente unidos en el México prehispánico, representando algún misterio de la religión o algún suceso de la historia. Danzaban los nobles, los sacerdotes y las vírgenes, pero también los reyes. La danza era una de las disciplinas de la educación impartida. Pero los códices no dan una secuencia de las danzas, sino que es una herencia que se va pasando de generación en generación. Era un sacrificio placentero en honor a la divinidad. No sólo una diversión ritual, sino una manera de hacerse acreedor al favor de los dioses, honrándolos y alabándolos con el corazón y con el cuerpo.

La Iglesia Católica jugó un rol esencial en la introducción de ciertas danzas, primero en los ritos religiosos, y luego en los atrios. Durante la época de la dominación española intentó sustituir los bailes idólatras de los pueblos por otros que no desfiguraran ni atentaran contra su obra de evangelización. Sacerdotes y monjes crearon bailes y mimos, como «moros y cristianos», que entonces representaban la lucha por la defensa de la fe amenazada por los paganos, bajo la tutela de Santiago, santo de las tempestades eléctricas.

Los matlachines mexicanos son herederos de una tradición desde la Conquista. La palabra significa danzante popular, introducida en 1559, del italiano Mattaccino. A través de sus danzas se desenvuelve su

cultura y en ellas expresa sus esperanzas, temores, tormentos del alma, anhelos de vida mejor, y plegarias por felicidad y alegría. Bailan para agradecer bendiciones, alejar maleficios y evitar enfermedades, sufrimiento y tragedia.

Muchos danzan por cumplir manda, por demostración de fe; por costumbre; o por pago. También hay bailarines que danzan sin sentido, por rutina y costumbre social o tradición familiar. Tiene traje distinto cada Danza. Aunque representen el mismo grupo étnico, y sus coreografías sean similares, tienen características propias, sobre todo sus accesorios (matracas, taparrabos, sonajas, pañuelos, matracas, arco y flechas, lanzas, panderos, etc.). Las coreografías las diseña su caporal fundador, o fueron creadas en los comienzos de su existencia y otras son creadas por los propios danzantes.

Su música está hecha sobre la base de la percusión del teponaxtle o la tambora, que se divide entre bombo y caja. Los golpes indican la insistencia del hombre solicitando protección. Desde los primeros tiempos, en las tribus indígenas, con el bombo rendían homenaje a la tierra y servía como medio de comunicación, pues su sonido tiene mayor alcance, ya que repercute en la tierra, se prolonga más rápidamente y alcanza mayor distancia que un sonido emitido por otro instrumento. El ritmo está dado por tiempos.

Existe un determinado orden: mantienen filas paralelas, cada una con sujetos generalmente del mismo sexo, donde todos representan varones y visten trajes masculinos, o representan mujeres y visten trajes femeninos, por lo tanto no hay separación por género. En las respectivas filas hay un orden que parece por estatura; sus cambios de posición durante el período que dura la danza transcurre en un tiempo determinado, las distancias entre los bailarines es parecida, demoran el mismo tiempo en el intercambio de lugares, lo hacen en determinado orden y terminados los cambios quedan en similar posición a la que tenían al comenzar. Existe, pues, el diseño de una coreografía,

anterior a la presentación. Digno de observar es el orden en el movimiento de sus cuerpos, en la cantidad y modos de los pasos dados, movimientos de los objetos que portan, saltos después de la señal del guía, etc. La expresión corporal forma parte del diseño. Hay un tipo de comunicación silenciosa entre los bailarines, apoyándose en el instante de un error, al realizar un cambio olvidado o alegría por un cambio bien realizado.

La danza ha formado parte de la historia de la comunidad desde el principio de los tiempos; por esto la gente la aprecia tanto, no la han dejado ni la dejarán

nunca. Se supone que el origen de la música y la danza fueron simultáneos. De los tiempos primitivos, hay pinturas de personas danzando, en la época paleolítica, vinculados a la adoración de los dioses, para calmar sus tensiones, o celebrar algún acontecimiento, muchas veces imitando movimientos de animales. En España y Francia, se encontraron



pinturas con más de 10.000 años de antigüedad: dibujos de danzas asociados con rituales y la caza de animales.

Muchas comunidades alrededor del mundo ven la vida cómo una serie de danzas. Se danzaba hasta para celebrar los cambios de estación, expresar sentimientos y divertirse socialmente. Se originan por la tendencia de buscar y emplear gestos para incrementar o reemplazar el uso del habla. Fuertes emociones, en particular, llevan los órganos a un punto de exaltación que espontáneamente se manifiesta a través de movimientos más o menos rítmicos que constituyen lo que se podría considerar como danzas primarias o naturales.

Así como pronto el lenguaje se desarrolló en poesía y canciones, también estos movimientos corporales gradualmente se transformaron en el arte de bailar. Las expresiones espontáneas y el arte de bailar se describen como una expresión de los sentimientos por medio de los movimientos del cuerpo más o menos controlados por el propio sentido rítmico, que

son practicados hasta cierto grado por la mayoría de personas.

Los hebreos no fueron la excepción. Su lenguaje contiene al menos ocho verbos con la idea de bailar. Muchas alusiones en la Biblia son meras expresiones espontáneas de alegría, dando vueltas u otros movimientos: los bailes de María e Israel después de cruzar el Mar Rojo (Ex 15, 20), del pueblo alrededor del becerro de oro (Ex 22,19), de la hija de Jefté al encuentro de su padre después de la última victoria (Jue 11,34), de los habitantes de las ciudades en el camino de las tropas comandadas por Holofernes (Jdt 3,10), de David ante el Arca (2Sm 6,5.22). Fueron manifestaciones de júbilo, normalmente exhibidas por mujeres.

En el Este las danzas sagradas eran muy importantes en el culto religioso. En Egipto, incluso institutos femeninos de canto se relacionaban a ciertos santuarios. Los sacerdotes de Baal danzaban alrededor del altar (1Re 18,26). La danza acompañaba el culto de Yahvé (Jue 21,19-21; 2Sm 6,5-16; Sal 149,3-4, posterior a la cautividad). En el segundo templo, los encargados de bailar y cantar en honor a Dios formaron coros similares a los de los ritos paganos (Cic., Phil., 5, 6; Virg., Aen., 8, 718; Hor., Od., 1,1,31).

Después, los bailes en hombres, hasta en Roma, se miraban como algo extraño: el varón que bailaba estaba bajo los efectos de algo o simplemente loco. El baile elevaba la belleza de las ceremonias religiosas. Las danzas religiosas consistían en procesiones lentas por las calles de la ciudad o alrededor del altar. Casi siempre, por instituciones de sacerdotes, pero algunas veces ciudadanos de ambos sexos y posición social, sin ninguna distinción en la importancia de su nombre o posición de dignidad (Liv. I,20, Quintil. I,2,18; Macrob., Sat. I,1,10). En Roma, en la *salii*, se cargaban los escudos sagrados por las calles, saltando y brincando (Senec. Ep. 15).

Las danzas de guerra, comunes en muchos pueblos, para engrandecer los ritos de las festividades públicas entre griegos y romanos, no dejaron rastro en los hebreos. Las danzas miméticas eran tan poco conocidas como las de carácter militar. Consistían en movimientos expresivos de ciertas partes del cuerpo, como brazos, manos, torso, ejecutados al compás del acompañamiento musical, representando vívidamente eventos históricos o mitológicos y actos de pasión de personajes bien conocidos. Era más un baile escénico

a favor de Roma y Grecia: movimientos armonizados principalmente de brazos, cuerpo y pies, con flexibilidad, fortaleza, agilidad y gracia del cuerpo humano. Tales exhibiciones se realizaban para el placer de los invitados, en grandes banquetes, por bailarines profesionales contratados por la festividad.

Se preferían bailarinas, dotadas de gran belleza y moral indiferente, por los encantos y atractivos de sus figuras llenas de gracia. No eran muy conocidos en Palestina en tiempos antiguos (Sir 9,4). El Eclesiastés, personificando a Salomón, relata haber procurado para su propio disfrute «hombres y mujeres cantantes» (2,8). El desempeño de la hija de Herodías (Mt 14,6), y el placer que produjo a Herodes y sus huéspedes, demuestra cómo la corrupción griega y romana, en la época de Cristo, estaba entre las clases altas de Palestina.

El bailar social parece haber sido una diversión agradable en épocas antiguas, al menos entre los judíos (Jue 21,21; Is 16,10; Jer 25,30: en la estación de la vendimia). Incluso, las danzas entre personas muy serias eran perdonadas por la mayoría de personas, más serias (Bab. Talm., Ketuboth, 16b), en las bodas y en la Fiesta del Tabernáculo.

La danza en la edad media se valía de voces y gran variedad de instrumentos (arpas, flautas, trompetas y una gran gama de instrumentos de percusión) que juntos creaban un ambiente agradable. Hubo muchas oposiciones, pero la gente continuaba; algunos clérigos y emperadores descubrían mucho movimiento sexual.

La danza en el México prehispánico también estaba unida a la religión. Había danzas que representaban algún misterio de su religión o algún suceso de su antigüedad. Eran una tradición que se transmitía de generación en generación, junto con el canto, la alabanza y la penitencia. Por eso, además del atuendo indígena, hay signos ritualizados de penitencia en las danzas, que evocan el caminar descalzo, llevar un escapulario de nopal espinoso, poner pajas en los orificios causados al sangrarse con espinas de maguey.

Los franciscanos recogieron las danzas incluso en el recinto de los templos, como puede verse en la prescripción de la Junta Eclesiástica de 1539. Los Concilios Provinciales Mexicanos de 1555, 1556 y 1585 prohibieron los abusos. El arzobispo de México en 1904 incluso prohibió estas expresiones populares

(es la razón por la que no entran danzando a la Basílica de Guadalupe).

Los indígenas reelaboraron su cultura y transformaron sus danzas incorporándoles elementos autóctonos y elementos de la fe cristiana. Cada grupo étnico conserva sus danzas como un rico patrimonio que constituye un tesoro de familia. Danzaban en los templos católicos porque sabían que debajo de ellos yacían las ruinas de sus antiguas pirámides y santuarios de sus antepasados; así que acudían ahí a revivir sus antiguos ritos, a practicar la danza como arte marcial y medio de ascesis mística para llenarse de la energía que ahí reina. Es un acto de culto a Dios y un acto de conquista del mundo para Dios y para la comunidad, pues consideran que el pueblo o lugar donde se danza queda conquistado por Aquel que es la Luz para ser emisor de luz para el mundo. Es colaboración con Dios en la recreación del mundo, como un servicio cósmico. Es una obligación de hacer penitencia en correspondencia a la redención.

La danza tradicional es toda una organización, con su jerarquía propia militar-religiosa. Hay que pasar un tiempo de aprendizaje, prueba y discernimiento para ver si desea comprometerse por toda la vida a ser danzante. Aunque sea heredero de «una palabra», tiene que contar con el reconocimiento de los jefes locales.

La danza, para un cristiano, es la expresión gozosa del encuentro con Cristo resucitado. Es símbolo de la alegría por la presencia de Dios entre nosotros. Es una intensa oración con el cuerpo, y un testimonio público de fe. Es una expresión intensa de súplica y alabanza, mediante su movimiento rítmico y cadencioso. Es un ministerio de alabanza, y debe ser un servicio gratuito a la comunidad, a menos que se haya comercializado. Y muchas danzas son una catequesis actuada sobre la lucha entre el bien y el mal. Es preciso catequizar las danzas religiosas, para que todos encuentren sentido a su forma de expresión.

Expresa el Obispo Marco A. Órdenes Fernández: *«Cuando danzamos en una sociedad religiosa es posible darse cuenta que nuestra danza es más que un número de pasos, que la rutina de una coreografía y la particular forma de vestirse; es mucho más. Es la forma que tenemos de unirnos profundamente con Dios y la Virgen. Es una particular forma de comprendernos, de tomar conciencia de nuestra condición de Hijos de Dios y de nuestro amor a la madre de Jesús. Lo hacemos con canto y con danza,*

es decir, con una forma de belleza que va más allá de las palabras o los discursos. Lo hacemos con los impulsos más vitales de la vida. Cantar, danzar, marcar el ritmo, seguir una serie de mudanzas es mucho más que hacer una coreografía: es ‘bailar la vida’, es ‘cantar nuestra historia de dolores y alegrías’. Danzando bailo la historia de mi relación con Dios. Por ello danzar es orar; una oración con el cuerpo, con la voz, con todo el ser. Para que nuestra danza sea auténtica oración debemos tomar conciencia de lo que estamos haciendo, pues de otra forma será un hermoso espectáculo, no una oración de alabanza a Dios y a la madre de su Hijo».

Oración universal

La danza es una oración intensa que involucra el cuerpo, el espíritu y el sentido comunitario, ante tantos dones del Señor, que de ese modo suplicamos o agradecemos. Invoquemos a nuestro Padre para encomendarle las necesidades del mundo y de la Iglesia. Vamos a responder:

R. Señor, que seamos agradecidos.

1. Que no deje la Iglesia de dar gracias a Dios por los beneficios espirituales recibidos desde sus inicios y que sigue recibiendo hasta hoy por su obediencia al Espíritu Santo y su vivencia de la caridad en la vida diaria. Oremos.
2. Que los bienes materiales dados al mundo en abundancia sean repartidos equitativamente, para que todos los hombres den gracias a Dios, sean solidarios con los más pobres y no se esclavicen a los bienes. Oremos.
3. Que todos aquellos que rechazan los beneficios de Dios o que les dan mal uso consigan el perdón y lleguen a conocer la verdadera riqueza del amor de Dios. Oremos.
4. Que nosotros, vivamos agradecidos por los beneficios recibidos de Dios en su Iglesia desde el día de nuestro Bautismo y que el Espíritu Santo permanezca siempre en cada uno de nosotros, en nuestras comunidades cristianas, y en nuestros trabajos y estudios. Oremos.

Padre, siempre generoso con tus hijos, recibe nuestro reconocimiento por tus beneficios, y prepáranos a recibir dones aún más grandes que no merecemos, sobre todo la virtud y la vida eterna. Por Jesucristo nuestro Señor.

Día 9:



REPICAMOS FESTIVAMENTE LAS CAMPANAS

Lecturas propuestas:

Números 10,1-10: Haz dos trompetas de plata para convocar a la asamblea.

Salmo 28(29). R. La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica.

Hechos 2,36-42: Los que oyeron el anuncio perseveraban.

Marcos 16,14-16.20: Vayan por todo el mundo y proclamen el Evangelio a toda la creación.

Ideas para la reflexión

Tañer o tocar repetidamente las campanas es señal de regocijo o fiesta. La campana es un instrumento musical en forma de copa invertida, con tres partes: jubo, copa y badajo. El jubo es de madera o de hierro; lleva unos tirantes sujetos con unas tuercas y en cada extremo, se hallan incrustados los ejes, que descansan dentro de unos cojinetes; uno exterior, de madera, y otro interior, de metal. La copa es generalmente de bronce. El badajo es una pieza metálica que cuelga de su centro y sirve para tocarla. La pera o coronilla es de hierro macizo.

Es una antigua costumbre convocar al pueblo cristiano para la asamblea litúrgica y advertirle los principales acontecimientos de la comunidad local por medio de las campanas. Efectivamente, el tañer de la campana es, de alguna manera, expresión de los sentimientos del pueblo de Dios, cuando este pueblo exulta o llora, da gracias o suplica, se congrega y pone de manifiesto el misterio de su unidad en Cristo.

En nuestro rico idioma castellano hay diferencia entre «doblar las campanas» y «repicar las campanas». La primera tiene un sentido mortuario, mientras

que «repicar» evoca el toque festivo de las campanas en señal de gloria y alegría. La campana se relaciona con el misticismo de los objetos colgados entre el cielo y la tierra. Su sonido convoca la asamblea de la tierra a semejanza de la de los seres sobrenaturales, pero también puede ahuyentar los espíritus del mal. Es un símbolo religioso de muchas creencias, para convocar a asamblea y para manifestar alegría o expresar mensajes.



Para la comunidad católica, las campanas tienen una simbología y utilidad para cada celebración religiosa. Tienen su lenguaje propio y cada una fue creada para que su toque transmita a la población un determinado mensaje. El oído de los campaneros e ini-

ciados en la materia es especialmente fino, para reconocer qué bronce está sonando en cada momento, ya que «ninguna de las campanas suena igual».

Las campanas del campanario convocan a la comunidad cristiana, señalan las horas de las celebraciones, de oración (Ángelus y oración comunitaria), momentos de dolor (agonía o defunción) y de alegría (entrada del nuevo obispo o párroco) y con su repique gozoso anuncian las fiestas. Son un «signo hecho sonido» de la identidad de la comunidad. Guardan íntima relación con la vida de la comunidad cristiana.

Su sonoridad depende de la mezcla de sus metales (bronce compuesto de cobre con un 25% de estaño). Como el bronce se oxida, una campana de más de diez años de fundida presenta el conocido color oscuro. Una tradición pedía a los padrinos y madrinas arrojar

algunas de sus alhajas de oro a la mezcla de metales, pero la riqueza de una campana radica en su forma, voz, ornamentación y valor histórico.

Se atribuye el nombre a la *Campania* de Italia, porque ahí empezaron a fundirse las campanas más grandes y de mayor calidad en bronce. En la época de los romanos, indicaban la apertura del mercado y la hora de los baños; avisaban el paso de los criminales al suplicio, la aproximación de un eclipse y otros acontecimientos. Además, se colgaban en el cuello de las bestias como amuleto para ahuyentar a los lobos.

De los años 604 a 606 se mandó a todas las iglesias católicas colocar campanas para tocar en los Divinos Oficios, Misas solemnes y festividades. Al aumentar su número y volumen, fue necesario construir torres para colocarlas debidamente y que su sonoridad pudiera esparcirse más. Una disposición canónica dice que las catedrales tengan al menos cinco campanas; las parroquias, dos o tres; y las iglesias de órdenes mendicantes u oratorios particulares, una. Las campanas son propiedad de las iglesias, independientemente de sus donadores, pues con la consagración o bendición son cosas eclesiásticas.

Ese instrumento era conocido entre los aztecas, mayas, incas y otros pueblos que florecieron antes de la llegada de los españoles al Nuevo Mundo, pero no eran significativas para el desarrollo cultural de los pueblos, pues el uso de los metales fue muy restringido en las culturas prehispánicas y los ejemplares que se conservan son modestos.

Consumada la Conquista, Hernán Cortés empleó cañones de bronce para fundir las numerosas campanas a colocar en los nuevos templos que se edificaban. Las del siglo XVI se caracterizan por su forma alargada, que poco a poco fue desapareciendo para dotarlas de mayor diámetro. Entre estas están las del convento de Acolman.

Las Juntas Eclesiásticas y Concilios Provinciales celebrados en México durante el siglo XVI prohibieron que las campanas se destinaran a otros usos fuera de los religiosos, pues muchos las portaban dondequiera por gusto o juego, y confeccionaban rehiletes de campanitas de diversos tamaños y sonidos para imitar el canto del pájaro del Jardín de Tlaloc. Pero se dispensaba de tal prohibición en casos de utilidad pública, por ejemplo, anunciando fuego, mal tiempo, invasión y otras emergencias.

La campana mayor de la catedral de Puebla, llamada Santa María de la Concepción, hubo que fundirla repetidas veces entre 1625 y 1720; la actual fue hecha en 1730 y pesa casi 9 toneladas. En la Catedral Metropolitana de México, dedicada a la Asunción de Nuestra Señora, hay un grupo importante de campanas fijas, algunas con siglos de antigüedad, siendo la mayor Doña María. La de Arandas, de 15 toneladas, la mayor de América Latina, pende de un campanil a un costado de la fachada del templo de San José como monumento al segundo milenio.

Las campanas son voces perpetuas de los pueblos que, desde la magnificencia de sus torres, llaman a los fieles. Sus toques han sido un medio de comunicación tradicional que transmite mensajes que la gente escucha y sabe interpretar, en los que lo religioso y lo civil están completamente mezclados.

Así que las campanas hablan, como una especie de códigos pre-establecidos, y la gente las entendía. Las campanas, de diferentes tamaños, adoptaban nombres de santos en su bendición, y se jugaba con el sonido de las tres o cinco campanas. Eran el reloj, el calendario, el diario, la cartelera de eventos. Quien no las entendía se quedaba al margen de la vida de la colectividad. La gente distingue los diversos toques:

- De elevación: sonido de todas las campanitas al presentar el Cuerpo de Cristo en la Consagración; se anunciaban al exterior con tres campanadas pausadas con la campana mayor y una con la segunda campana, en ciertas ocasiones.
- De Ángelus: doce campanadas con la campana mayor, tocadas a diario, a las doce del mediodía, recordando a los fieles la oración a la Virgen.
- De alba: toque diario antes de la salida de sol (generalmente a las 5 o 6 de la mañana) que anunciaba el inicio de labores y la apertura de las puertas de la antigua muralla: nueve campanadas pausadas con la campana mayor y una con la segunda.
- De oración: toque diario antes de la puesta de sol (generalmente a las 7 de la noche) que anunciaba el cierre de las puertas de la antigua muralla: nueve campanadas pausadas con la campana mayor y una con la segunda.
- De Misa: invitando a los feligreses a acudir a Misa. Se compone de tres toques de cuarenta golpes de campana finalizados con uno, dos y

tres golpes correlativamente en cada toque, distanciados quince minutos, comenzando treinta minutos antes de la Misa.

- De plegaria: tres campanadas con la campana mayor a las tres de la tarde todos los días, para recordar la Muerte del Señor, invitando a adorar ese misterio.
- De ánimas: diario se tocaba tras la oración, una vez que las tinieblas de la noche habían cubierto la ciudad, para invitar a recogerse en familia en oración. Era un especie de toque de queda. Se sustituyó por el de bendición en muchos pueblos.
- De bendición: diariamente hacia las 9 de la noche el párroco enviaba la bendición eucarística a todo el pueblo, a raíz de calamidades o situaciones públicas de violencia, y se anunciaba con tres golpes pausados de la campana mayor, para que los fieles recibieran la bendición en cualquier lugar donde se encontraran.
- De agonía: se anunciaba que había una persona agonizando, con la campana consagrada o de ánimas, invitando a acompañarla a bien morir.
- De doctrina: invitaba a la catequesis, con tres llamadas como a Misa, pero con la campana segunda en grupos de un golpe y luego dos repetido 17 veces.
- De jubileo circular: se invitaba a acudir al templo para la adoración del Santísimo, igual que la doctrina, pero en grupos de dos toques; se hacía cuando el templo quedaba vacío de adoradores.
- Pinos: se hacen balanceando 18 veces cada una de las esquilas, desde la más pequeña y aguda hasta el esquilón mayor, tres veces, anunciando fiesta, o antes del toque de alba, de oración, de ángelus y de Misa Mayor en las fiestas.
- De coro: con una campana especial se llamaba al sacristán, al coro o a los trabajadores de la parroquia cuando se requería su presencia.
- De difuntos o entierro (dobles): se tocan con la campana mayor y la segunda, diferentes según la clase del difunto (hombre, mujer, párvulo, clérigo, obispo, papa) en señal de duelo por la muerte de una persona.

En las ciudades ese medio de comunicación y signo de identidad ya perdió toda significación. Ahora

son nuestros celulares los que tañen, repican y hasta doblan (cuando bloqueemos las llamadas indeseadas).

A las campanas se les considera un símbolo de la conexión entre el Cielo y la Tierra; llaman a la oración y recuerdan la armonía cósmica. Su sonido es considerado «la voz de Dios» que, cuando se escucha, conduce al alma más allá de los confines de lo mundano.

Su toque nos señala los momentos de la oración, reúne al pueblo para las celebraciones, advierte a los fieles cuando se produce algún suceso importante que es motivo de alegría o de tristeza. Sobre todo cuando se repican todas las campanas al unísono, hacen el signo de mayor exultancia y fiesta, como cuando una gran emoción provoca que todos los corazones batan fuertemente dentro del pecho de todos los habitantes del pueblo y se haga eco de ello en las campanas, o como si todas las aves del cielo se reunieran en la torre como en un inmenso árbol frondoso para cantar alegremente y fueran imitadas por los metales de las campanas anunciando una gran fiesta.

Que siempre que oigamos la voz de las campanas nos acordemos que todos formamos una misma familia y, obedeciendo su voz, nos reunamos todos, como un signo visible de nuestra unidad en Cristo.

Oración universal:

Unidos en una sola voz, presentemos nuestras peticiones a Dios Padre, que quiere hermanar en la Iglesia a todos los pueblos, y digámosle:

R. Reúne, Señor, en tu Iglesia a todas las naciones.

1. Señor y Dios nuestro, que siempre nos llamas a la unidad para que, animados por un mismo Espíritu recorramos el único camino de salvación, ilumina las mentes de los hombres con tu sabiduría eterna para que se mantengan unidos en la verdad y en la caridad.
2. Señor y Dios nuestro, que quieres que nosotros, tu pueblo, seamos una señal cada vez más creíble de tu presencia entre los hombres, reúne en Cristo a tus hijos dispersos a causa del pecado, para formar todos una misma familia.
3. Señor y Dios nuestro, que nos enseñas a participar de las penas y alegrías de los hermanos con el fin de que nuestra caridad sea más auténtica, haz que

defendamos la justicia, fomentemos la caridad, extendamos la alegría y promovamos la paz.

4. Señor y Dios nuestro, que llenas de alegría a tu pueblo en sus fiestas para transmitir a los hermanos el mensaje de la salvación de generación en generación, haz que a través de las realidades sensibles escrutemos las invisibles.
5. Señor y Dios nuestro, que quieres que el Evangelio del Reino sea anunciado a todos los hombres, para que te reconozcan a ti como único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo, ayúdanos a escuchar tu voz para ser auténticos discípulos misioneros tuyos.

Señor Dios, cuya voz, ya en los orígenes del mundo resonó en los oídos del hombre invitándolo a la participación de su vida divina; tú que ordenaste a Moisés convocar a tu pueblo empleando trompetas e plata y permites a tu Iglesia utilizar campanas que invitan a tu pueblo a la oración; haz que todos tus hijos, al oír su voz, eleven a ti sus corazones y, compartiendo las alegrías y penas de sus hermanos, acudan con alegría y prontitud a la iglesia, donde sientan a Cristo presente, escuchen tu Palabra y te expongan sus deseos. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor.

Día 10:



TRONAMOS COHETES Y QUEMAMOS CASTILLOS

Lecturas propuestas:

Éxodo 3,1-6.9-12: *Dios se revela desde una zarza ardiente.*

(O bien): Isaías 60,1-6: *Los pueblos caminarán hacia tu luz.*

Salmo 103(104): *El Espíritu del Señor llena la tierra.*

Hechos de los Apóstoles 2,1-6: *Descendieron lenguas como de fuego.*

(O bien): 2 Pedro 3,7-13: *El juicio del mundo por el fuego.*

Lucas 21,25-28: *La venida del Hijo del Hombre.*

(O bien): Juan 12,23-36: *Lo he glorificado y volveré a glorificarlo.*

Ideas para la reflexión:

La temática de la luz y el fuego recorren toda la Biblia. Dios hace alianza con Abraham presentándose como una antorcha de fuego (Gn 15,17). Se revela a

Moisés desde una zarza ardiendo (Ex 3,2-5). Guía al pueblo peregrino por medio de una columna de fuego (Nm 14,14). Arrebata a Elías en un carruaje de fuego (2Re 2,11). El primer acto creador consistió en separar la luz de las tinieblas (Gn 1,3-4) y al final de la historia de la salvación la nueva creación (Ap 21,3) tendrá a Dios por luz (Ap 21,23).

Los dispositivos pirotécnicos que tienen efectos visuales, sonoros y fumígenos con una finalidad lúdica y de espectáculo son conocidos como «fuegos artificiales» o «juegos pirotécnicos». Se emplean en fiestas patronales, exhibiciones, festejos, festividades, celebraciones, cumpleaños, conmemoraciones, etc. Se considera todo un arte, ya que son múltiples las variaciones, juegos

y técnicas con que cuenta el artesano pirotécnico, y siempre en constante innovación.



Su origen está relacionado con la invención de la pólvora en China, y los mexicanos lo hemos adoptado e incorporado por sus diversas reacciones (explosivas, chispas, humos o llamas, etc.) en la celebración de las diferentes festividades cívicas, religiosas, artísticas, etc. En México existen varios lugares reconocidos por la elaboración de este trabajo, por ejemplo: Tultepec, Zumpango y Tlalchichilpan estado de México.

Los fuegos pirotécnicos forman parte del sincretismo religioso que el pueblo considera importante en las festividades religiosas, porque son los que le dan alegría, lucidez y realce a la festividad del «pueblo». Los cohetes son los más utilizados por la mayoría de las comunidades, desde que inicia la novena, rosario o rezos del «santo festejado»; y sobre todo cuando es el mero día de la fiesta, desde la madrugada, se oyen las explosiones de cohetes y cámaras, anunciando que el pueblo está de fiesta.

Los toritos con luces de colores es otro producto explosivo, elaborado con vara o carrizo, cartón o petate, en forma de toro que por dentro de este armazón esta hueco, en donde la persona mete la cabeza y es agarrado con las manos para hacer los movimientos y bailar al compás de la música (melodía especial de cada lugar) mientras despide buscapiés.

Otro dispositivo que contiene efectos visuales, sonoros y explosivos son los castillos, que en la mayoría de las comunidades los queman en la víspera o en el mero día del «santo festejado». El castillo tradicional por base lleva un morillo y cuadros o cajones de vara o carrizo. Generalmente, estos fuegos artificiales son quemados por la noche, y terminan con la elevación de la coronilla y el repique de campanas.

Esta tradición pirotécnica está muy arraigada, sin ella, se dice que la fiesta no estuvo «buena» o bonita; es por ello que en algunos lugares la población se compromete a cooperar para comprarlos. En lugares donde no se realiza este trabajo los traen de otras regiones o estados como es el caso del famoso lugar de Tultepec, estado de México.

El castillo es una estructura formada con el propósito de lograr una gama de efectos y luces más espectacular por una cantidad mayor de productos pirotécnicos. Por lo general, estos artificios se detonan en el aire.

Hay castillos en una estructura terrestre fija hecha de cuadros de madera o metal que puede llegar hasta los 45 metros de altura de la cual se cuelgan artificios

y efectos pirotécnicos. Estas exhibiciones se rematan con bombas pirotécnicas. También se le conoce como «castillo de torre».

Existe un castillo más tradicional que se erige usando un poste de madera (también conocido como de morillo). Este es de menor altura y lleva una cantidad menor de artificios pirotécnicos y en los últimos años ya no es tan común.

Las poblaciones mexicanas que tienen fama por su tradición pirotécnica son Tultepec, Zumpango y Tlalchichilpan.

La pólvora fue introducida por los españoles durante la conquista, ejerciéndose esta artesanía en la Nueva España exclusivamente para españoles y criollos. A partir de 1794 se abre desde el punto legal el ejercicio de la cohetería indígena.

Desde ese entonces, hasta la fecha, el indígena ha participado activamente en la elaboración de ésta, especialmente en el área rural que es también donde más se consume, pues en la mayoría de los ritos y ceremonias es obligada la quema de pólvora.

Actualmente los talleres artesanales de cohetería son de carácter familiar, como todas las artesanías populares donde trabajan todos los miembros de la familia y eventualmente aprendices ajenos al núcleo familiar, produciendo así, paquetes de cohetes, ametralladoras, bombas voladoras, cohetes de vara, toritos, castillos, entre otros.

Los cohetes, además de anunciar a distancia la fiesta, son símbolos relacionados con el agua: suben en dirección a Dios y le piden la lluvia. Se relaciona, pues, con la vida, con la cosecha, con la tierra y la fecundidad. Su ruido es como el trueno con lluvia. El humo que produce es como las nubes. Como todo lo que sube al cielo, es señal de intermediación entre Dios y la humanidad. Suple a la sonaja ritual que se usaba antiguamente para pedir el agua. Y anuncian el fin del mundo y el retorno glorioso del Señor.

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica: «Al fin de los tiempos, el Reino de Dios llegará a su plenitud. Entonces, los justos reinarán con Cristo para siempre, glorificados en cuerpo y alma, y el mismo universo material será transformado. Dios será entonces ‘todo en todos’ (1Co 15, 28), en la vida eterna» (CEC 1060). «Ignoramos el momento de la consumación de la tierra y de la humanidad, y no sabemos cómo se transformará el universo. Ciertamente, la figura de

este mundo, deformada por el pecado, pasa, pero se nos enseña que Dios ha preparado una nueva morada y una nueva tierra en la que habita la justicia y cuya bienaventuranza llenará y superará todos los deseos de paz que se levantan en los corazones de los hombres»(GS 39)» (CEC 1048).

«No obstante, la espera de una tierra nueva no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra, donde crece aquel cuerpo de la nueva familia humana, que puede ofrecer ya un cierto esbozo del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente el progreso terreno del crecimiento del Reino de Cristo, sin embargo, el primero, en la medida en que puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa mucho al Reino de Dios» (GS 39)» (CEC 1049).

Oración universal:

Demos gracias y alabemos a Dios Padre, cuya gloria el cielo proclama y cuya bondad ensalzan todas sus creaturas, y, llenos de reconocimiento por los dones recibidos, digamos:

R. Gloria a ti, Señor, por todos tus beneficios.

1. Padre bondadoso, que en Cristo tu Hijo nos has enriquecido con toda clase de bendiciones espiritua-

les y celestiales, haz que nunca dejemos de alabarte asociando a la materia inanimada.

2. Tú que con amor generoso desbordas los méritos y deseos de los que te suplican, concédenos cantar siempre tus maravillas con el corazón y con la boca, con la convivencia y los instrumentos técnicos.

3. Tú que preparas y dispones generosamente signos incontables de tu amor en favor nuestro, haz que en la recepción de tus dones sepamos descubrirte a ti que eres su fuente y lo publiquemos con todos los medios al alcance.

4. Tú que enseñaste a tus discípulos a compartir sus bienes con los demás, haz que evitemos el derroche para que nuestros hermanos se beneficien también de tus dones y puedan participar de nuestra alegría.

Padre todopoderoso, magnánimo dispensador de todos los bienes, recibe el homenaje de juegos pirotécnicos que tus hijos te ofrecen, escucha las oraciones de quienes te suplican, presérvanos de los males del cuerpo y del espíritu, y no nos abandones, para disponernos a los bienes futuros a través de la admiración de la belleza luminosa de la tierra. Por Jesucristo nuestro Señor.

Día 11:



11. EL CANTO Y LA MÚSICA SON PARTE DE NUESTRA FIESTA

Lecturas propuestas:

1 Crónicas 15,16-24: *Designación de los cantores y músicos.*

Salmo 46(47). *R. Toquen para el Señor con aclamaciones y al son de trompetas.*

Colosenses 3,12-17: *Canten a Dios, dándoles gracias de corazón.*

(O bien): Efesios 5,15-20: *Exhórtense con himnos y cánticos.*

Lucas 10,21-24: *Jesús exultó de gozo en el Espíritu Santo.*

Ideas para la reflexión

La música desempeña, entre las manifestaciones

del espíritu humano, una función elevada, única e insustituible. Cuando es bella e inspirada, nos habla, más que las demás artes, de la bondad, la virtud, la paz, y las cosas santas y divinas.

No en vano es parte de la liturgia; no como ingrediente y ornamentación, sino que es un componente esencial de toda acción litúrgica. Sin música no hay liturgia. El arte musical, en los ritos sagrados, tiene por fin primordial la glorificación de Dios y la santificación de los hombres. Por eso, el cántico nuevo que Dios nos manda cantar es cuando cantamos de verdad, adhiriéndonos de corazón y con alegría a la voluntad de Dios, cuando nos amamos unos a otros y cumplimos así el mandamiento nuevo.

Música litúrgica es la que utilizamos dentro de las celebraciones litúrgicas de la Iglesia. La asamblea de creyentes tiene un papel central en el canto de la Liturgia. La gente canta textos de la Palabra de Dios y textos de los rituales de la Liturgia. El canto en la Liturgia y sus ritos es una dimensión normal de cada experiencia de oración en la asamblea. Es muy importante que la gente cante porque la acción de cantar la liturgia forma cristianos. Cuando la comunidad canta, ésta expresa y profundiza su fe.

A la vez que realza los textos y rituales de la liturgia, mueve a la asamblea a la unidad. Abandonamos el individualismo para unirnos en una comunidad de creyentes cantándole a Dios. Escogemos música que ayuda a la comunidad a cantar su fe en unidad. Debemos re-evaluar la utilización de un canto que no cumple con la misión de mover a la asamblea a cantar en unidad y fe.

El adjetivo «sacra» es latino: *Sacer, Sacra, Sacrum*, que significa: santo, augusto. Tiene su origen «*sacrum*» traducción del griego hieron (osteon) que significa *hueso fuerte, hueso sacro*, el hueso central de la pelvis. Los primeros romanos creían que era indestructible y sería capaz de levantar a un muerto. Por eso servía de ofrenda quemada a sus dioses. De ahí la palabra *sacramento* que significaba el juramento de lealtad de un soldado a su rey, o un objeto ofrendado para fines sagrados.

Durante los primeros tres siglos de la Iglesia, sus líderes incorporaron la música como sierva de la religión: era sacra si abría las mentes de los creyentes a las enseñanzas cristianas y preparaba sus corazones para la vivencia de lo sagrado. Por eso la música instrumental estaba prohibida en las iglesias, pues al carecer ésta de un texto de reflexión, no podía convertir los corazones de los creyentes.

La música más temprana de la Iglesia cristiana, que dejó algunos rastros en el Nuevo Testamento, fueron himnos. Algunos fragmentos todavía se cantan en Iglesias ortodoxas, como el himno «despierta, despierta tu que duermes» en ocasiones como los bautismos.

Siendo judío, Jesús y sus discípulos cantaron los Salmos atribuidos a David. Pero, sin una industria centralizada de música, el repertorio del pueblo era mucho mayor. Los primeros cristianos continuaron cantando los salmos después de la Muerte de Jesucristo, en las cárceles, las casas, sinagogas y *domus Ecclesiae* en el primer siglo de nuestra era.

Jesús y sus discípulos entonaron un himno antes de entregarse para ser crucificado (Mt 26,30; Mc 14,26). Pablo exhorta a la Iglesia de Éfeso a entonar salmos, himnos y canciones espirituales al Señor (Ef 5,19); y urge a la Iglesia de Colosas para amonestarse unos a otros, con himnos y cantos espirituales (Col 3,16).

Uno de los primeros Himnos que entonaron los paleocristianos es *Oh Maravillosa Luz* (Phos Hilaron), que en el siglo IV, Basilio el Grande le llama *El viejo Himno*. La popularidad del arrianismo en el cuarto siglo se puede atribuir a las canciones pegadizas que el sacerdote Arrio compuso con ayuda de otros. El renombre de las canciones ayudó aumentar la popularidad de sus enseñanzas.

Efrén el sirio compuso una serie de himnos, que en el siglo IV eventualmente ayudaría a ser reconocida como doctrina ortodoxa. Los himnos son expresiones formales de alabanza o declaraciones de las verdades de Dios. Troparia y Kontakia son dos formas tempranas de himnos que se incorporaron en la adoración de la Iglesia cristiana.

A la conclusión del quinto consejo ecuménico, al emperador Justiniano I se le atribuye un himno resumiendo la conclusión: *El único primogénito*, incorporado en la Liturgia Divina de san Juan Crisóstomo aún ahora en día.

Pero solo se conservan los textos de estos himnos, no la música. El himno más antiguo conocido con notación musical es el Himno Oxyrhynchus, llamado así por el sitio donde se descubrió en el siglo III, en una notación de estilo griego antiguo. Por eso es difícil saber las calidades musicales de la música cristiana antigua, debido a la falta de evidencias concluyentes, y no está clara su influencia en la música cristiana contemporánea.

El Papa Gregorio I organizó la liturgia en el siglo VI, asignando cantos propios a la liturgia durante el año litúrgico. Los compositores europeos de la Iglesia escribieron cantos simples para los salmos, cánticos, e himnos de la liturgia y la Sagrada Escritura. Más que un género musical era una forma de evangelización, donde a través de sonidos primeramente monódicos y fuerte presencia vocal, se relataba un pasaje bíblico o se destacaban virtudes y valores cristianos.

Desde sus inicios, y sobre todo a partir de los siglos IX-X, con la solemnidad litúrgica de la orden de Cluny, la música litúrgica intentó imitar o alcanzar la perfección del cielo, ser un anticipo de la belleza y alegría celestial, tomando a los coros de ángeles como modelo

de los coros humanos. En el encuentro con Dios en una celebración litúrgica, toda persona intenta dar lo mejor de sí, mostrar los buenos sentimientos y deseos, sacar su alegría, y utilizar la belleza como medio de expresión. La importancia de Aquél a quien nos referimos nos obliga a utilizar palabras y gestos dignos. Si visitamos a alguien importante o querido, cuidamos la ropa que llevamos, nuestras palabras e incluso la postura del cuerpo. Para cantar a alguien importante elegimos algo bello, sentido y acorde a la situación.

Alrededor del siglo IX y el X nació el Canto Gregoriano. Se considera una derivación de la música carolingia, la cual se deriva de una mezcla entre el canto romano y el canto galicano, que con la ayuda de Carolomagno se extendió por toda Europa. Después por los emperadores del Sacro Imperio Romano-germánico, en el siglo XII suplantó los demás cantos o estilos musicales, excepto el canto mozárabe en muchas capillas españolas.

El nombre gregoriano, probablemente se debe a Gregorio II, y después se asoció con su predecesor Gregorio el grande, que le dio su fama de autoridad espiritual y antigüedad (mito de la autoría de Gregorio). El canto gregoriano fue clasificado en 8 modos e influenciado por el canto bizantino de oktoechos, en latín, aunque hay algunos textos en griego como *Kyrie eleison* y el *Hagios Theos*.

San Pio X (1903 - 1914) reunió a los oficiales de la Iglesia para delinear la forma en que los compositores escribieran e implementaran música para la liturgia. Roma desarrolló un sistema de criterios y estándares que les permitía juzgar objetivamente la naturaleza sacra o profana de la música. Ha pasado por periodos de detrimento y reavivamiento. Los monjes de Solemnes produjeron la edición oficial del actual *Liber usualis*, y hay grabaciones de los monjes de Santo Domingo de Silos en los años 1990.

La Constitución sobre la Liturgia Sagrada en el Concilio Vaticano II menciona: «para promover la participación activa, la gente debe ser motivada a tomar parte en la celebración por medio de aclamaciones, respuestas, salmodia, antífonas y cantos, así como por medio de acciones, gestos y presencia» (SC 30). Con esto la asamblea reemplazó al coro como cantantes principales en la liturgia.

Esta nueva perspectiva y la celebración de la liturgia en el lenguaje de la gente amplió nuestra idea de la música litúrgica. El texto cantado puede activar una conversión más profunda en el corazón de las

personas, al cantar en su propio idioma. Como resultado, el canto en el idioma vernáculo paso a ser esencial en la liturgia.

También abrazó la opción de que la música fuese hecha por la gente de las varias culturas en el mundo. Roma no controlaría ya más una lista de compositores aprobados de música litúrgica. Como resultado, la música católica se convirtió en música multicultural.

Así como decimos altar litúrgico, vestiduras litúrgicas, cáliz litúrgico, etc., para indicar que corresponden en materia, forma, y consagración con los requerimientos de los usos litúrgicos, también un canto, si su estilo, composición, y ejecución prueban ser adecuados para uso litúrgico, puede apropiadamente ser llamado canto litúrgico.

La Iglesia permite en sus servicios litúrgicos no sólo la voz humana sino su acompañamiento por el órgano u otros instrumentos, e incluso órgano e instrumentos sin la voz humana, es por eso que se habla de música sacra.

Música sacra es música en el servicio de adoración. Para la adoración del Dios verdadero, el hombre debe empeñarse siempre en ofrecerle lo mejor de lo suyo, y en la manera que sea la menos desmerecida por la Divinidad. De esta idea brotan dos cualidades: ser verdadero arte, y arte santo (*Motu Proprio* del 22 nov. 1903). No podemos meter cualquier música dada a usos profanos (bailes, teatro, películas, publicidad, festivales y objetos similares) (*ibid* II, 5). Aunque sean composiciones del mejor maestro, bellísimas en sí, y superen en encanto a la música sacra de tradición, es indigna del templo.

El culto católico contiene su propio Sacrificio, su propio altar, sus ritos propios, y es dirigida por la autoridad de la Iglesia. Por ello, la música empleada en cultos no católicos, nunca puede ser vista como sagrada y litúrgica. Cantos que evocan la música de los Hebreos o que justifica todo tipo de gozo en la Iglesia (cantos, música instrumental, música y sonidos ensordecedores), abriría la puerta a muchos otros elementos del ritual judío que tendríamos que aceptar, impropios del Sacrificio del Nuevo Testamento y del espíritu de la Nueva Ley (cf. *STh* II-II, q. 91, a. 2, ad 4). La solemne dignidad del culto católico no tiene nada en común con la pálida fragilidad de los servicios protestantes. Por tanto, nuestra opción debe ser siempre guiada por la naturaleza específica de culto católico, y por las reglas dadas por los Padres de la Iglesia, los concilios, la Santa Sede, y el Papa.

Este culto es público, es decir, el culto de una sociedad u organismo social, impuesta por Ley Divina y sujeta a una autoridad que, por derecho divino, la regula, guarda y ejerce para el honor de Dios y el bienestar de la comunidad.

La liturgia es ese culto público ejercido por la Iglesia Católica, en comunión con Cristo, su Cabeza. Los actos y oraciones realizadas por los fieles para satisfacer sus devociones privadas no forman parte del culto litúrgico, aun cuando sean realizadas como un solo cuerpo, bien sea en público o en lugares de culto público, y conducidos por un sacerdote y oficialmente legisladas (Rosario, Estaciones de la Cruz, tres horas de Agonía, Hora de la Desolación, Hora del Santísimo Sacramento, mes de María, novenas y triduos).

La música sacra es música al servicio de la liturgia. El Papa Pio X dice: «Sirve para aumentar el *decoro y esplendor* de las ceremonias eclesiásticas», no como algo accidental que puede o no estar presente, como las decoraciones en un edificio, la exhibición de luces, el número de ministerios, sino «como una parte integrante de la liturgia solemne», tanto que estas funciones litúrgicas no pueden tener lugar si el canto falta. Más aún, «desde que el oficio principal de la música sacra es revestir con melodía apropiadas el texto litúrgico presentado para el entendimiento de las gentes, por lo que su fin principal es darle mayor peso al texto, de tal manera que la feligresía pueda más fácilmente ser movida a la devoción, y lograr mejor disposición a recibir los frutos de la gracia que fluye desde la celebración misma de los sagrados misterios» (ibid I,1).

La música en las funciones litúrgicas es una integrante y no algo ornamental. Mientras que en funciones extra litúrgicas es de un todo secundario y accidental, nunca impuesto por la ceremonia, y su principal propósito es el de entretener devotamente a la feligresía en la Iglesia o para proporcionarles una relajación espiritual placentera luego de la prolongada tensión de un sermón, o cualquiera otra oración que ellos hayan estado recitando juntos.

Por lo tanto el estilo de música extra litúrgica es susceptible a una mayor libertad, sin embargo entre tales límites demandados por el respecto a la casa de Dios y la santidad de las oraciones que ellos acompañan. Como las ceremonias extra litúrgicas toman parte de lo externo, el espíritu interior de las litúrgicas pide evitar lo que sea contrario a la santidad, solem-

nidad, y nobleza del acto ritual de acuerdo a lo deseado por la Iglesia. Una verdadera música extra litúrgica debe en absoluto excluir todo lo que sea profano y teatral, asumiendo en lo posible el carácter, sin los extremos severos de la música litúrgica.

El papel más importante de los líderes musicales o ministerio de música es el de ayudar a la asamblea de creyentes a participar de lleno en la Liturgia en forma activa y consciente.

Primero nos hacemos un juicio estético: ¿me gusta? ¿suena bien? Instintivamente rechazamos la música que suena mal, las voces desafinadas, las melodías simples. Nuestro gusto o juicio estético se convierte en juez implacable. La música (y el arte) litúrgicos deben expresar belleza. Una de las cualidades de Dios es la belleza. La música intenta expresar esa belleza de Dios, siendo imagen imperfecta de su belleza perfecta. Pero la belleza no es el fin de la liturgia ni de la música litúrgica. Un corazón vacío jamás transmitirá la belleza, o será vacía, falsa. La canción simple y mal cantada de un niño a su madre, se vuelve para esa madre la canción más hermosa del mundo, porque la ilusión del niño pinta de belleza el gesto más simple, y porque el amor de la madre transforma cada nota en canción. La belleza, como fin, puede hacernos elitistas o excluyentes.

La pura belleza como fin excluiría muchos pilares fundamentales de la fe cristiana: la muerte como camino hacia la Vida, el sacrificio, o la opción preferencial por los pobres. La liturgia eucarística es la actualización y recuerdo de la entrega de Jesús. La solidaridad cristiana con los pobres y sufrientes, simbolizada por la espiritualidad de la Cruz, introduce la sospecha en la belleza, porque la belleza de Dios trasciende la belleza mundana, y se manifiesta incluso en lo que es inútil, feo o deformado. El esteticismo exacerbado puede falsear o distraer.

La música no es el fin en la liturgia, ni en la espiritualidad. Sin embargo, la comunidad reunida caminando hacia Dios sí es un fin. Si la música ayuda a este fin, bienvenida sea, pero si distrae, es mejor prescindir de ella. La música litúrgica católica no es sólo estética, sino también ética.

Todo lo que sea música no apropiada para funciones litúrgicas o extra litúrgicas debe ser relegado o proscrito de las iglesias. Pero esa música no debe por esa razón ser llamada profana. Pero hay otra música, no exactamente religiosa, que se ejecuta en los atrios y acompaña peregrinaciones, y es ejecutada por ban-

das de viento. Son ensambles musicales en que se ejecutan instrumentos de viento, en su mayoría metales, y percusión.

El término banda de música hace referencia a un amplio campo de agrupaciones musicales. Pero la acepción más común se refiere a la formada básicamente por instrumentos de viento y percusión. Distintas a las orquestas, pues no están basadas en los instrumentos de cuerda, sino de viento.

La palabra «banda» se refiere a la faja o insignia militar, porque en sus orígenes las bandas estaban íntimamente ligadas al mundo militar. Cumplían una función organizativa en el combate, además de ser inspiradoras de las tropas con himnos o canciones nacionales o incluso animar los actos oficiales. Su uso se volvió más usual cuando los romanos iban a la batalla, utilizando instrumentos como el clarín, para subir la «moral» a sus tropas.

Ese fenómeno mundial rebasa lo musical e implica «musicar», es decir, «hacer música», por el ejecutante (músico) y su dimensión social; expresa la idea de tocar, cantar y ser parte en una actuación musical. «Musicar» significa escuchar, componer, practicar y ensayar.

Las bandas de música gozan de una larga historia, tan antigua como la música, pues ya en textos de la época de los sumerios, egipcios, hebreos, chinos y otras civilizaciones antiguas encontramos referencias a agrupaciones de instrumentos de viento y percusión que servían para acompañar en el combate o durante el culto religioso.

Pero la banda actual está más ligada, por sus instrumentos más evolucionados y su estructura, a las bandas del siglo XVII, que cumplían una función organizativa en el combate, eran inspiradoras de las tropas con himnos o canciones nacionales y animaban los actos oficiales. Su desarrollo y mejora va paralelo al desarrollo de los propios instrumentos que la van conformando, desde la evolución del antiguo sacabuche al moderno trombón, o la aparición de nuevos instrumentos como el clarinete o el saxofón.

En México data desde mediados del siglo XIX con la llegada de instrumentos de metal de pistones, cuando las comunidades trataron de imitar las bandas militares. Las primeras bandas se formaron en el sur y centro de México. En cada poblado de los distintos territorios hay cierto tipo de banda o combo de vientos, tradicionales, particulares o municipales. Existen

instrumentos de viento de metal en el estado de Oaxaca que datan de 1850. El repertorio de las bandas de Morelos, Guerrero, Oaxaca, Chiapas y Michoacán cubrían gusto, son, vinuet, piezas y marchas fúnebres, danzón, vals, corrido, pasos dobles, marchas, polkas, rancheras, alabanzas y foxes. Una de las bandas más antiguas registradas en México es La Banda de Tlayacapan del estado de Morelos que fue fundada aproximadamente en 1870, siendo una de las primeras en interpretar la danza del Chinelo. El tamborazo zacatecano no utiliza tuba, siendo la tambora el instrumento que lleva el tono bajo. Y se toca banda estilo sinaloense.

Las bandas procesionales son agrupaciones convencionales formadas por viento, madera, metal y percusión; carecen de cuerdas y su función principal es la de acompañar las procesiones religiosas. Suelen ser privadas.

La mayoría de las bandas comerciales interpreta música comercial, la banda de viento, por su parte representa la tradición sonora que se estableció en las distintas regiones, con una forma muy peculiar de interpretar el género de música y los históricos enfrentamientos sonoros denominados guerra de bandas.

Como cualquier otra agrupación, no necesitan propiamente tener el tiempo y las características que proporciona un director, porque al conjuntar un grupo de músicos interpretando alguna melodía o partitura, se ensambla un grupo de tonos y sonidos que están interactuando con tiempo y espacio y ahí se va generando la música.

La fuerte tradición cultural de las bandas de viento nace con la necesidad del pueblo de divertirse y expresarse, y enorgullece y nutre de talento joven al país. Constituye una de las manifestaciones populares más representativas y uno de los medios difusores por excelencia de una amplísima gama de géneros musicales.

Las bandas se encuentran a la par cualquier tipo de género musical; se pierden los límites entre la música popular y culta, entre la música sacra y la profana; entre los géneros bailables y para escuchar; se olvida el origen y las distinciones genéricas. La banda de viento resulta el crisol donde se «funden» los géneros musicales, dando como resultante: música de banda, que lleva implícito en su significado una sonoridad «popular».

Oración universal:

Llenos de alegría, proclamemos la grandeza de Dios, la belleza siempre antigua y siempre nueva, cuya sabiduría gobierna el mundo y cuya bondad adorna el universo, por los incomparables bienes con que su bondad nos colma, y siguiendo la enseñanza del apóstol, démosle gracias, cantando sus alabanzas con el corazón y con la boca. Respondemos:

R. Gloria a ti, Señor.

1. Padre santo, rey del cielo y de la tierra, fuente de toda perfección y constante inspirador de toda armonía santa, te alabamos por tu inmensa gloria, y te pedimos la gracia de unir nuestras voces al concierto universal de la creación para cantar tus alabanzas, *Oremos.*
2. Señor Jesucristo, reflejo de la gloria del Padre, que hecho hombre viniste al mundo para quitar el pecado y enriquecernos con tu gracia redentora, te glorificamos por tu gran misericordia, y te pedimos la gracia de ser misericordiosos con los más necesitados, *Oremos.*
3. Espíritu Santo de Dios, que habitas en el corazón de los hombres y los edificas para formar un solo cuerpo, te ensalzamos por tu invisible presencia en la Iglesia, y te pedimos la gracia de superar las divisiones, conflictos y desacuerdos mediante la reconciliación, *Oremos.*
4. Santa Trinidad, único Dios, principio y fin de toda las cosas, a quien el cielo y la tierra cantan un cántico nuevo, te adoramos por tu insondable felicidad, y te pedimos por quienes se dedican a cantarte con la boca, con el corazón y con la vida *Oremos.*



Escucha, Padre santo, nuestras alabanzas y súplicas, y haz que la música aumente el esplendor de las ceremonias religiosas, complemente la alabanza, favorezca la oración y eleve nuestro espíritu hacia ti. Por Jesucristo nuestro Señor.